

# EL SUBALTERNO (1)

P O R G . R . G L E I G

(Capellán-General de las fuerzas)

(Traducción del inglés por MARTÍN DE ANGUIOZAR)

## CAPÍTULO I

Era una mañana de Mayo, 1813, cuando el regimiento 85 de infantería ligera, en el cual ocupaba un puesto de teniente, empezó a pasar revista en el campo de parada de Hythe. La orden de prepararnos para inmediato servicio en la Península nos había alcanzado hacía dos días; y en la mañana a que aludo, íbamos a preparar nuestra marcha con tal propósito. El punto de embarque era Douvres, puerto tan sólo a doce millas de distancia de nuestros acuartelamientos, donde un par de transportes, con un bergantín-cañonero como convoy; esperaban para recibirnos. (2)

.....

## CAPÍTULO II

Pocas veces he sido testigo de un día mas hermoso de verano que aquél en que nuestros barcos se desprendieron de sus amarras y se hicieron a la mar. Era más de mediodía cuando subió la marea, y, por consiguiente, toda ta ciudad de Douvres estaba en pie Pa-

---

(1) «*The Subaltern*, por G. R. GLEIG. Edinburgh and London». El ejemplar que utilizamos proviene de la Biblioteca particular de don Julio de Urquijo. (N. del T.)

(2) Suprimimos los preparativos de viaje del autor. (N. del T.)

ra vigilar nuestra partida. Una muchedumbre de gente bien vestida permanecía sobre el muelle, brindándonos su adiós con sinceras aclamaciones y ondeando sombreros y pañuelos; saludos a los que cordialmente contestábamos gritando y tremolando los nuestros. Pero el viento era suave y la marea favorable. Los objetos de la orilla se hicieron gradualmente más y más confusos, las aclamaciones llegaban cada vez más lánguidas, y al fin no las oímos, más. Se puso todo el velamen que nuestros mástiles eran capaces de llevar, y, mucho antes de anochecer, no se podía distinguir nada de Douvres o de sus magníficos acantilados, si no era un contorno ligero y vaporoso.

Sin embargo, la brisa favorable, que nos llevaba tan rápidamente hacia fuera del estrecho de Douvres, no duró mucho. Habíamos justamente alcanzado la vista del punto bajo de Dungeness, cuando, repentinamente, quedó engullido y surgió un perfecto huracán en nuestras mismas narices. Fué, en verdad, con la mayor dificultad que conseguimos acercarnos al promontorio, como para obtener algún abrigo del mar arrollador que remontaba el Canal; y aquí teníamos la desgracia de quedarnos, consumiendo sin necesidad nuestros víveres y refunfuñando acerca de la inconstancia del elemento viento, durante un espacio de tiempo considerable, que excedió a una semana.

Yo había empleado muchas semanas desagradables, es decir, muchas semanas que podían haber sido empleadas más provechosa y agradablemente, pero una más absolutamente insípida que ésta, más mortificante para el espíritu, o más a prueba para el temperamento, no la recuerdo. Aun ahora, a la distancia de más de la mitad de una existencia, la recuerdo y el solo nombre de Dungeness me es abominable a los oídos.

Al fin, la corriente de aire se moderó y una vez más nos hicimos a la mar; pero tan sólo para ser impelidos acá y allá por el más adverso tiempo provocador al cual fueron jamás expuestos hombres sedientos de gloria militar. Hastings, Eastbourne, Brighton, Worthing, hicieron sucesivamente su aparición, y permanecieron tanto tiempo a la vista, que deseábamos cordialmente que las engullera el océano. Al mismo grado fastidioso adelantamos hasta que el puerto de Plymouth se extendió ante nosotros, en el que tuvimos necesidad de arribar por precisión de renovar frescas provisiones y agua.

Empleamos cerca de otra preciosa semana en este lugar; por consiguiente, se hallaba muy avanzado Julio antes de que pudiéramos decir que habíamos iniciado en serio nuestro viaje, y no fué hasta el 13 de Agosto de 1813 que el atrevido contorno de la costa española se hizo discernible. Al cruzar la bahía de Vizcaya había-

mos sido engañados por calmas continuas, y nos agitábamos con el mar de leva que siempre prevalece allí; nuestras velas eran, en su mayor parte, completamente inútiles, ondeando indolentemente sobre los mástiles; y aunque hicimos lo posible por conservar nuestro buen ánimo, estábamos todos, tanto oficiales como soldados, empezando a desearnos en cualquier parte, menos enjaulados en un transporte, Cuando un grito de «tierra» desde la arboladura atrajo nuestra atención.

Habíamos conservado nuestra marcha directa tan bien, a pesar de las calmas frecuentes y brisas contrarias a que estuvimos expuestos, que la única costa a que nos dirigimos después de perder de vista las islas Scilly, era la de Vizcaya. La provincia de Vizcaya es, en general, áspera y montañosa, extendiéndose los Pirineos, en algunos sitios, hasta la orilla del agua; y de aquí que el viajero que mira la costa por primera vez, pueda imaginarse cerca de la conclusión de su viaje mucho antes de que la situación del navío le autorice a que lo esté. Este era precisamente el caso nuestro en la presente ocasión. Volviendo nuestra mirada a la dirección en que el vigía apuntaba, y viendo una línea de costa tan accidentada como aquella en que casi todos sus rasgos eran claramente distinguibles, nos congratulamos profundamente de que aquella tarde, o por lo menos la mañana siguiente, nos vería en la orilla; pero pasó hora tras hora sin llevarnos en ningún grado sensible al objeto de nuestra contemplación; y aunque el viento, que había estado soplando hasta entonces contra nosotros, se hallaba ahora a nuestro favor, desapareció la luz diurna, dejándonos casi tan desesperanzados como antes para poder afirmar que habíamos avanzado con respecto a tierra o al revés.

Cuando subí a cubierta la siguiente mañana, quedé encantado al percibir que no nos hallábamos a más de tres o cuatro millas de la orilla y que nos movíamos a lo largo despacio y a razón de cinco millas y media por hora. Poco después, un barco mercante nos saludó, por el cual nos informamos del resultado de la batalla de los Pirineos y del ataque a San Sebastián; y tuve además la suerte de ver al bergantín-cañonero, bajo cuya escolta navegábamos, hacer presa de una nave americana con toda la estructura de una goleta armada en corso, pero no pude ver más hasta el puerto de Pasajes, hacia el cual nos dirigíamos; y ese día, por lo tanto, pasó como los anteriores, bajo la mortificante presión de una esperanza diferida.

El 17 de Agosto se produjo la más decisiva indicación de nuestra proximidad al lugar de la guerra en el sonido de un gran cañoneo, escuchado al principio indistintamente, pero que se convirtió a cada hora en más perceptible. Esto, no lo dudábamos, procedía

de la ciudad de San Sebastián y de las baterías de sus sitiadores; pero en vano volvíamos nuestros anteojos hacia la dirección del sonido con la esperanza de cerciorarnos de si nuestra suposición era o no exacta. Aunque esforzábamos nuestra vista con la mayor ansiedad mientras duró la luz del día, nada pudo descubrirse de lo que deseábamos percibir, y nos vimos una vez más obligados a contemplar con resignación la perspectiva de pasar otra noche en el confinamiento extremo de un camarote. La aurora del siguiente día, no obstante, excitó nuevos y más vivos sentimientos en nosotros, cuando nos encontramos a unas pocas horas de navegación del lugar de desembarco y en una situación quizás tan interesante como puede imaginarse en la mente de un soldado.

Al subir a la cubierta de nuestro navío a las seis de la mañana del 18, percibí que yacíamos bajo la influencia de completa calma, dentro de la esfera de actividad de los cañones del castillo de San Sebastián y a distancia de tal vez milla y media a dos millas de la orilla. La fortaleza está edificada en la cumbre de una roca perpendicular, de una altura de quizás dos o trescientos pies, cuya base está bañada en tres lados por el mar; y examinada, como entonces la veíamos, desde el agua, presenta aspecto tan formidable como precisa cualquier plaza fortificada.

Sus obras, debido a su gran altura, están colocadas fuera del alcance de ser molestadas por tropa hostil; mientras poderosas baterías, alzándose en ringlera sobre ringlera, donde quiera que una ha podido ser erigida en plataforma sobre la roca, amenazan con inevitable destrucción a cualquier barco que pueda aventurarse temerariamente en el radio de acción de su fuego.

A la derecha del castillo hay una pequeña bahía, que forma puerto sumamente cómodo y que se halla protegido del tiempo por una pequeña isla o mole, colocada de tal modo que tan sólo un navío cada vez puede pasar entre ella y el fuerte; mientras, a la izquierda, el río Urumea, pasando bajo los muros de la ciudad, se une al mar en la base de la roca del castillo. A distancia de acaso milla y media a dos millas, varias altas colinas cierran la plaza por todos lados, entre las cuales y las murallas la campiña es llana y el suelo arenoso y estéril.

El lector, me atrevo a decir, no ha olvidado que después de la batalla de Vitoria, Sir Thomas Graham, al frente de la quinta división del ejército británico, obtuvo una serie de pequeñas victorias sobre cuerpos destacados del enemigo, y, finalmente, se asentó ante la ciudad de San Sebastián. El 17 de Julio, el convento de San Bartolomé, que está edificado sobre una de las alturas a que acabamos de aludir, y que habían fortificado los franceses con gran diligencia y esmero, fué tomada por asalto; y en la misma noche se

rompió el campo atrincherado. Mientras, nuestras tropas se ocupaban de sus subsistencias, habiéndose arrojado luces azules desde la ciudad y mantenido un fuego eficaz sobre ella durante todo ese tiempo, trabajaban con tanta asiduidad como para efectuar un buen refugio antes de la mañana; y siendo el suelo arenoso del lugar altamente favorable para tales operaciones, se construyó la primera línea paralela en relativamente poco tiempo. Las trincheras, en verdad, se terminaron, y se erigieron baterías de batir el 21, en cuya mañana más de cuarenta piezas de ordenanza abrieron su fuego sobre la plaza; y era tan incesante y tan efectivo, que en la tarde del 24 se efectuó una brecha. (3)

En cuanto la brecha pareció practicable, y Sir Thomas sabía que el avance de todo el ejército se había demorado hasta que esta importante plaza cayera, determinó no perder más tiempo en el bombardeo; y se dieron por consiguiente órdenes a las tropas de formar en las trincheras después de anochecer y que estuvieran preparadas para empezar el asalto en cuanto la marea permitiera ser vadeado el río.

Esto ocurrió a eso de las dos de la mañana del 25, cuando el ataque avanzó con gran brillantez al asalto; pero sea que la brecha no fuera suficientemente propicia al asalto, o que algún pánico se apoderara de las divisiones en cabeza, el ataque fracasó por completo. Un grito repentino de «Retirada, retirada» surgió al mismo tiempo que la primera compañía había alcanzado la cumbre de la muralla; se extendió con extraordinaria rapidez a través de la columna, y algunas casas que se hallaban junto al muro de la ciudad ardieron al instante, convirtiéndose todo en confusión y desmayo. Los que estaban ya en la brecha dieron vuelta y se arrojaron sobre los que subían; de éstos muchos fallaron pie y cayeron; y el enemigo, conservando un tremendo fuego de metralla, mosquetería y granadas durante todo el tiempo, hizo que toda la columna perdiera rápidamente su orden y ductilidad. Una retirada, o mejor una fuga, se inició por lo tanto con verdadera gravedad; y dichoso fué quien primero se abrió camino a través del Urumea para hallarse protegido de la destrucción dentro de las trincheras. La pérdida en esta operación ascendió por nuestra parte a cerca de mil hombres, de los cuales muchos, que habían sido tan sólo heridos y que cayeron en mar de fondo, fueron arrastrados por la siguiente marea y se ahogaron.

En el periodo desde este fracaso hasta varios días después de nuestra llegada al país, no se hicieron más tentativas sobre San Sebastián, y los sitiados no pudieron reparar en gran escala la de-

---

(3) Sabido es que el lugar en que se abrió dicha brecha, corresponde hoy al sitio donde está enclavada la plazoleta, enfrente del edificio de la Pescadería. (N. del T.)

vastación que se cometió sobre sus fortificaciones. Las causas de esta inactividad por parte de los sitiadores fueron, primero, la falta de municiones, una provisión de las cuales se esperaba hacía mucho de Inglaterra, pero que vientos contrarios habían detenido; y, después, diversas demostraciones por parte del ejército francés de renovar las operaciones ofensivas y hacer levantar el sitio. Mientras éstas aumentaban se juzgó imprudente desembarcar provisiones frescas; es cierto que la mayor parte ya en disposición fueron repuestas; y de aquí que cuando pasábamos bajo los muros del fuerte, la bandera tricolor flotaba desplegada sobre las almenas.

Sobre los altos terrenos que ciñen a la ciudad (4), las tiendas blancas de los sitiadores eran sin embargo perceptibles, y a la izquierda se desplegaba el estandarte portugués. Pero allí todo estaba en quietud. Las trincheras estaban vacías, excepto las de las guardias ordinarias; las baterías; desprovistas de artillería, y hasta algunas en ruinas; la única señal de hostilidad, es cierto, que se exhibía en los dos sitios, venía de la ciudad, de la cual se disparaba un tiro ocasional cuando los piquetes aliados o centinelas se relevaban, o que un grupo de oficiales, más curioso que prudente, se exponía innecesariamente a la observación. No obstante, el todo presentaba un espectáculo interesante y grande en el mayor grado, especialmente a ojos, como los míos, para los cuales eran nuevos tales espectáculos.

Contemplaba yo con mucha atención la escena frente a mí, cuando un disparo del castillo dirigió mi curiosidad hacia nosotros, y me di cuenta de que el enemigo estaba dispuesto a no perder la oportunidad que la calma le ofrecía de hacer tanto daño como posible a los barcos que más cerca de él permanecían. La bala pasó sobre nuestra cubierta y cayó al agua sin daño; la siguiente, sin embargo, se lanzó tan sólo a unos pies de nuestro saludo; y la tercera hubiera estado tal vez mejor dirigida si una ligera brisa no hubiera brotado afortunadamente para llevarnos en nuestro curso. Con su ayuda, conseguimos estar en pocos minutos fuera de radio; y el enemigo, dándose cuenta de que su bala cayó corta, pronto cesó de derrocharlas.

En este tiempo nos acercamos a corta distancia de Pasajes; y, a las ocho, se puso a la vista ese puerto tan deseado. Tal vez haya pocos puertos en el mundo más sorprendentes en todos aspectos que ese de Pasajes. A medida que uno se acerca a él, se recorre un borde rocoso y salvaje; en el cual no parece que exista ensenada; hasta que se alcanza la verdadera boca de la ensenada, no hay extrañeo que sospeche que allí hay un puerto. La misma ense-

---

(4) Debe tenerse en cuenta que el actual barrio de Gros estaba constituido por montículos de arena (N. del T.)

nada no puede ser más de cincuenta yardas de ancha; se extiende directamente entre acantilados dominantes y presenta por completo la apariencia más de cortadura artificial que de abertura natural. Por la superficie desnuda de esos acantilados crecen en rica exuberancia varias clases de árboles y arbustos enanos, y sus cumbres están coronadas por bosquecillos de tilos y alcornoques (5).

Pasando a través de la ensenada llegamos a un fondeadero o puerto, a cuya izquierda está edificada la pequeña villa de Pasajes. Aquí la escena se convierte en altamente pintoresca y hermosa. Las casas, aunque ninguna de lo más blancas y limpias en su aspecto externo, contrastaban por la peculiaridad de su estructura, con balcones que proyectaban en los pisos altos y escaleras que ascendían por fuera. La ausencia de cristales, además, en la mayoría de las ventanas, que se hallaban provistas tan sólo de enrejados de madera, imprimieron en mi imaginación la idea de que no me hallaba ya en la feliz Inglaterra. Tampoco carecía de interés, a quien ahora los observase por primera vez, el traje y aspecto general tanto de los hombres como de las mujeres. Los hombres, con sus anchos sombreros, caras atezadas, labios embigotados; chalecos con mangas, rojos, azules o amarillos; pantalones pardos, media y calzado con lazos de color sus fajas escarlata ceñidas alrededor de la cintura y chaqueta parda colgada de un hombro, formaban contraste notable con los aldeanos de blusa que yo había dejado detrás de mí. No me sorprendí tanto, sin embargo, con los vestidos de las mujeres, porque había visto vestidos no desemejantes en Escocia. Llevan en su mayor parte faldas oscuras o escarlata, con un pañuelo atado alrededor del cuello, y pecho, de manera a formar una especie de pechera. Su talle es alto y su cabeza y pies descubiertos: se permite a su cabellera colgar a veces sobre las espaldas en trenzas, mientras otras veces está recogida hacia lo alto en un moño. Pero el aire expresivo de estas criaturas—sus bellos ojos negros rientes, sus dientes blancos y complexión morena—es sumamente agradable.

Para completar el cuadro, el plano posterior detrás de Pasajes es por todos conceptos bellamente romántico. Se alzan colinas una sobre otra a considerable altura y todas ellas cubiertas con rica vegetación y amplio follaje; mientras a lo lejos, a distancia, se ven las cimas de esas estupendas montañas que forman una barrera, y no ilusoria, entre Francia y España.

Aunque entramos en el puerto tan temprano como las nueve de la mañana, estando dispuestos a desembarcar diez minutos después, ese acontecimiento, tan ardientemente deseado y tanto tiempo

---

(5) ¿?... (N. del T.)

diferido, no se llevó a efecto hasta el atardecer. Los soldados son, como todo el mundo sabe, meras máquinas; no pueden pensar en sí mismos o actuar por sí mismos en ningún asunto de deber; y, como no se habían dejado aquí órdenes respecto a nosotros, no se podía hacer ningún movimiento hasta enviar aviso de nuestra llegada al General que mandaba la más próxima división. Efectuado esto, nos mandaron desembarcar sin dilación; y todos los botes del puerto, tanto los pertenecientes a los barcos que permanecían allí, como los de los pescadores nativos, se requisicionaron para transportarnos. No obstante, a pesar de toda diligencia, había oscurecido antes de que la última división alcanzara tierra; y de aquí que no pudiéramos hacer sino dirigirnos a una pequeña emi-nencia arbolada, a unas dos millas poco más o menos de la villa, donde vivaqueamos.

Esta era la primera noche de mi vida que había pasado de una manera tan guerrera; y recuerdo perfectamente en este momento la impresión que causó en mí. Fué una de exquisito placer. La estación se presentaba suave por casualidad; ni una brisa de aire se removía; todo alrededor de mí olía a fresco y dulce después de largo aprisionamiento a bordo; sobre todo sentía que la profesión de soldado no era ya una diversión. Y no era que esperara ningún peligro a nuestra situación, porque estábamos por lo menos a diez millas de la guarnición de San Sebastián y tal vez a unas veinte del ejército del Mariscal Soult; pero la circunstancia de haber sido llamados a dormir bajo el dosel del cielo, el arrollarme en mi capote con el sable colgado de la rama de un árbol sobre mi cabeza y mi perro acostado a mis pies, esto sólo era suficiente para asegurarme de que mi carrera militar había comenzado actualmente.

Cuando volvía a mirar alrededor de mí, veía armas apiladas y reluciendo a la luz de veinte fuegos que fueron pronto encendidos y que lanzaban su deslumbramiento al follaje de encima. Vi hombres envueltos en sus capotes, tendidos o sentados en grupos alrededor de esos fuegos; oía su alegre charla, su sincera y descuidada risa con una canción o pausa, cantada de vez en cuando; todo esto lo recuerdo con el mayor agrado. Apoyé la cabeza contra un árbol y, poniendo mi pipa en la boca, soplaba en un estado de ánimo que cualquier monarca pudiera envidiar y que, es cierto, nunca he experimentado después (6).

.....

---

(6) Prescindimos del homenaje de amistad que rinde el autor a su compañero Grey, y que ocupa una página del texto (N. del T.)

### CAPÍTULO III

El día había apuntado cuando el movimiento general de las tropas puso término a mi reposo. Abrí los ojos y permanecí durante medio minuto en estado de entero extravío, tan nueva y espléndida era la perspectiva con que se encontraron. Habíamos vivaqueado sobre una eminencia bien bosqueada, situada en el mismo centro de un anfiteatro de montañas. Detrás de nosotros yacía la hermosa pequeña bahía de Pasajes, tranquila y casi sin movimiento, bajo la influencia de una mañana en calma, aunque más alegre que de costumbre por los barcos y botes que cubrían su superficie. Al frente, y a izquierda y derecha, surgían a corta distancia, colina sobre colina, no áridas e incultas como aquellas entre las cuales implantamos después nuestra residencia, sino afelpadas con las más ricas y exuberantes arboledas de plátanos, abedules y fresnos montaraces. Inmediatamente debajo había un pequeño collado cubierto en parte con rastrojos del año último, y aun cargado de abundante cosecha de maíz sin recoger; mientras poco detrás del punto donde dormí, se erguía un limpio caserío con sus paredes escondidas por las desplegadas ramas de una parra, adornadas de racimos que se acercaban rápidamente a la perfección. En una palabra, era una escena a la cual quizás el lápiz podría hacer justicia, pero que desafía todos los poderes de un lenguaje adecuado para describirla.

Me levanté en el mismo ánimo entusiasta con que me había ido a dormir, y me asigné con gusto la tarea de alzar chozas para nuestro acomodo y el de los soldados, ya que no nos habían aún provisto de tiendas de campaña. Esto se hizo pronto: se derribaron y clavaron en tierra anchas estacas, entre las cuales, para formar las paredes, se entrelazaron ramas más frondosas y delgadas; y cubiertas éstas con varas tan apretadas como para probar su impermeabilidad a cualquier lluvia que acaeciera, formaron una especie de domicilio, quizás no muy cómodo pero muy habitable. Tal fué nuestra ocupación durante la mayor parte de la mañana; y por la noche los cuerpos se tendían confortablemente guarecidos de rocíos y humedades.

El día siguiente se empleó principalmente en adquirir caballos

y mulas, que se trajeron en gran número por la gente del país al campamento. Naturalmente, por ellos pagamos mucho más que su valor justo, puesto que nos hallábamos en cada hora a la expectativa de un movimiento. No obstante, pasó cerca de una semana, y aun estábamos en la misma situación; y no fué hasta la tarde del 27 cuando llegó la largamente esperada marcha.

No estuve ocioso en el entretiem po, ni me había confinado con rigurosidad en los límites del campamento. Empleé mucho de mi tiempo en procurar caza de varias clases entre los estupendos acantilados de los alrededores; pesquisa en la cual no dejaba siempre de tener éxito. Otras veces, montaba mi caballo recién adquirido y cabalgaba de un punto a otro, allí donde me invitaba una mejor vista del magnífico escenario de los Bajos Pirineos. Tampoco descuidé el campo antes de San Sebastián; le hice varias visitas, y es posible que no pueda hacer nada mejor en este punto de mi narración que dar alguna cuenta del estado en el que lo encontré.

En capítulo anterior dejé sentado que San Sebastián ocupa una lengua de tierra que se comba hacia el mar, hallándose bañado en dos sitios por las aguas de la bahía de Vizcaya, y en el tercero por el río Urumea. Esta corriente, aunque sin consideración con respecto a su anchura, no se puede vadear, por lo menos cerca de la ciudad, excepto en baja marea; lo cual añade no poco a la fuerza general de la plaza: Pero el poder de la plaza depende mucho más de la regularidad y solidez de sus fortificaciones que de su situación natural. A través del istmo, de la ría a la bahía, se erige una cadena de soberbia albañilería, consistente en varios bastiones y torres, enlazados con bien protegida cortina y cubierta por un foso y glacis; en tanto que el castillo, edificado sobre una colina, domina todo, y parece tener a la ciudad, y a todo en ella, a entera merced suya.

El paisaje en torno de San Sebastián es interesante y bello en el más alto grado. Como se ha dicho ya, el suelo, que empieza a subir por todos lados desde próximamente milla y media (7) del glacis, pronto se interrumpe en colina y valle, montaña y barranco. Numerosos huertos, además, cubren la parte baja de estas alturas con, aquí y allá, un viñedo, un castillete, e interponiéndose, una casería; mientras más lejos, en último término, se ven las áridas crestas del Quatracone (8) y otros montes gigantescos que dominan al Bidasoa y dividen España de Francia.

Las tiendas de los sitiadores estaban colocadas sobre la fila más baja de colinas, a unas dos millas y media de distancia de la ciudad. Es claro que estaban puestas de modo que se ocultaran lo

(7) Milla, medida que equivale a 1610 metros (N. del T.)

(8) Literal en el texto. (N. del T.)

más posible del enemigo; y para tal propósito la desigual naturaleza del país se bastaba afortunadamente. Se alzaban en su mayor parte entre los huertos a que acabamos de aludir y en los collados y hondonadas de que el lugar abunda. Conduciendo de ellos a la primera línea se habían cortado varios caminos cubiertos, es decir caminos hundidos en la tierra, de modo que las tropas pudieran caminar a lo largo sin exponerse al fuego del enemigo; y la línea paralela misma estaba trazada casi al borde del surco. En el convento en ruina de San Bartolomé, se estableció el principal almacén de pólvora, tiros, herramientas de trabajo y otros útiles necesarios para el asedio; y aquí, como es natural, se hallaba estacionada la reserva o cuerpo principal del piquete de guardia.

La primera paralela se extendía en cierto modo a lo lejos de la ciudad, por ambos lados, y comunicaba con la segunda, como sucedía a su vez con la tercera, por otros caminos cubiertos cortados en dirección oblicua hacia las obras del enemigo; pero no se intentó ningún trabajo de zapa. La tercera línea paralela, por lo tanto, completaba las obras de los sitiadores y fué llevada hasta unos pocos cientos de yardas (9) del pie de las murallas. Se instalaron baterías en cada una de aquellas, lo mismo que sobre los bordes de las alturas circundantes; hasta entonces, con todo, se hallaban disimuladas por ligeros abrigos de arena y césped, aunque se habían vuelto a poner en muchas de ellas cañones, y las demás iban llenándose rápidamente.

No hay clase de obligación, en la que un soldado pueda ser empleado, tan mortificante o molesta como un sitio. No es que falten Ocasiones de excitación, que, por el contrario, se producen con frecuencia; pero le ata tan por completo a un punto y le abate su espíritu tan repetidamente en las horas de descanso, exponiéndole constantemente al peligro, y además en momentos y lugares en que no hay gloria que ganar, que no podemos admirarnos mucho acerca de los sentimientos de absoluta aversión que prevalecen por lo menos entre los soldados de un ejército sitiador con respecto a la guarnición, que cumple con su deber hacia su país sosteniéndose hasta el último extremo. En la presente ocasión, encontré mucho espíritu de ese entre las varias brigadas apostadas frente a San Sebastián. No podían perdonar a la guarnición Francesa (10), que les tenía retenidos durante seis semanas quemados por la ansiedad de borrar la desgracia del rechazo anterior; se hacía, por lo tanto, poca mención de dar *cuartel* (11) cuando aconteció que se habló ya del próximo asalto.

(9) Yarda, medida inglesa de longitud, equivalente a 914,383 milímetros. (N. del T.)

(10) Todas las mayúsculas que emp leamos figuran en el texto. (N. del T.)

(11) Todas las palabras que escribimos en letra bastardilla figuran del mismo modo en el texto. (N. del T.)

El gobernador de San Sebastián era, evidentemente, un hombre de gran energía de espíritu y de gran talento militar. Todo cuanto pudo hacerse para retrasar el progreso del sitio, lo intentó. La brecha que se abrió antes del primer asalto estaba ya casi enteramente cubierta, mientras se habían llevado a cabo muchas nuevas obras; y—lo que no estaba quizás de acuerdo con las reglas de la guerra moderna—fueron realizadas por prisioneros ingleses. Podíamos distinguir claramente a esos pobres muchachos trabajando en sus tareas con pleno uniforme; y la consecuencia fué que pudieran trabajar sin que un solo cañón se volviera contra ellos; noche y día se hicieron pequeñas salidas sin otro designio aparente que interrumpir el reposo y hostigar el espíritu de los sitiadores; porque el atacante rara vez intentaba avanzar más que hasta la primera línea paralela, siendo uniformemente batido hacia atrás por los piquetes y la reserva.

Durante los últimos diez días el ejército sitiador estuvo muy ocupado en traer municiones y en arrastrar hacia las baterías uno de los más espléndidos trenes pesados de ordenanza que un general británico haya jamás tenido a su mando. Al atardecer del 26 estas operaciones quedaron terminadas. No menos de sesenta piezas de artillería, algunas de sesenta y cuatro, y ninguna de más ligero metal que dieciocho mazos, se montaron contra la ciudad; mientras veinte morteros de diferentes calibres se preparaban para esparcir la muerte entre sus defensores, amenazándoles con reducir la misma plaza a un montón de ruinas.

Habiéndose completado todos estos arreglos, se juzgó prudente, antes de abrir el fuego con las baterías, desproveer al enemigo de un pequeño reducto que se asentaba sobre una pequeña isla en la rada y que en cierto modo enfilaba las trincheras. Para este servicio, un destacamento consistente en cien hombres, un capitán y dos subalternos, fué designado, el cual, desfilando del campamento poco después de anochecer, se embarcó en los botes de los cruceros. Ahí, a los soldados se unieron unos pocos hombres de mar y marinos, bajo el mando de un oficial de marina, y, habiendo desembarcado bajo la oscuridad, avanzaron vivamente al asalto. El enemigo fué acometido completamente por sorpresa; solamente se dispararon algunos tiros por cada parte, y, en el espacio de cinco minutos, el pequeño fuerte, que montaba cinco cañones, con un oficial y treinta hombres, su total guarnición, cayó sin derramamiento de sangre en manos de los sitiadores.

Tan trivial fué verdaderamente la resistencia ofrecida por la guarnición francesa, que no interrumpió el descanso de las tropas en el campamento. La noche del 26, por consiguiente, pasó en calma; pero en cuanto amaneció el 27, los asuntos tomaron aspecto

distinto. Poco después de romper el día, se disparó una sola bomba desde las alturas a la derecha de la ciudad, como señal para que las baterías rompieran el fuego; y entonces comenzó un tremendo cañoneo. La primera salva fué en verdad una de las más bellas cosas de este género que jamás presencié. Sin tomarse la molestia de remover la ligera cubierta de arena y césped que disimulaba las baterías, los artilleros, dirigiendo sus cañones por las observaciones que les permitían efectuar las pequeñas aberturas dejadas con tal propósito, dispararon a la señal convenida, lo que les permitió abrirse un camino contra futuras descargas, que no tardaron en sucederse. Tan rápidos eran los cañoneros en sus movimientos, y tan bien sostuvieron su fuego a lo largo de todas las horas del día en el 27, 28, 29 y 30, que al caer el sol del último día; no tan sólo se redujo la vieja brecha a su situación arruinada primitiva, sino que se produjo una abertura nueva y mucho más prometedor.

En el entretiempo, el enemigo no había estado negligente en sus esfuerzos para reducir a silencio el fuego de los sitiadores y desmontar sus cañones. Hicieron funcionar su artillería verdaderamente con tan buen deseo, que la mayor parte de los cañones encontrados en la plaza después de su captura eran inservibles; estaban fundidos en sus fogones, o sino averiados del excesivo uso. Pero pelearon en la presente ocasión bajo toda desventaja imaginable; porque no sólo ofrecía nuestra artillería mucho más que una contienda a la suya, sino que nuestras trincheras avanzadas estaban alineadas con tropas que conservaban sobre las troneras un fuego de mosquetería incesante y mortífero. La consecuencia fué que el fuego de la ciudad se convertía cada hora en más débil, hasta que se consumió ante la descarga de un simple mortero de debajo de las murallas.

He dicho que al caer el sol el 30, la vieja brecha quedó reducida a su primitivo estado ruinoso y que se practicó otra nueva y más prometedor. Será necesario describir, con mayor cuidado que lo he hecho hasta ahora, la situación y actual estado de estas brechas.

El punto escogido por Sir Thomas Graham como más expuesto y que ofrecía el mejor blanco para su artillería de batir, estaba en ese lado de la ciudad que mira hacia el río. Allí no había foso ni glacis; las aguas del Urumea, deslizándose tan arrimadas al pie del muro, hubieran hecho el uno inútil y el otro impracticable. Toda la muralla estaba por consiguiente descubierta al fuego de nuestras baterías; y como se alzaba a una altura considerable, acaso a veinte o treinta pies sobre el llano, había toda probabilidad de que cediera pronto al choque de los cañones de nuestras baterías. Pero la consistencia de ese muro es muy difícil de ser imaginada por

quienes no lo han visto. Parecía como si verdaderamente estuviera formado de roca sólida; y de aquí que la brecha, que a la vista del que la examinara de fuera aparecía de pronto ancha y de fácil acceso, demostró, cuando fué atacada, que no era sino una ruina parcial de la parte exterior de la mampostería. Tampoco era eso todo; la muralla cedió, no en numerosos fragmentos pequeños, tal como hubiera permitido andar fácilmente y con seguridad a los que tenían que ascenderla; sino en grandes masas que, rodando, como despeñándose de un precipicio, servían para impedir el avance de la columna casi con tanta eficacia como si no hubiera caído. Las dos brechas estaban como a distancia del lanzamiento de una piedra. Las dos estaban dominadas por los cañones del castillo, y las dos se hallaban flanqueadas por salientes en el muro de la ciudad. A pesar de ello, tal era, la senda por la cual nuestras tropas tenían que proceder si se había de hacer algún intento de tomar la plaza por asalto.

De que ese intento iba a llevarse a cabo y de que iba a serlo además al día siguiente, todos estaban seguros en el campamento. La marea prometía responder a eso de media noche; y por consiguiente se fijó las doce de la noche como hora del ataque; y surgió por lo tanto la pregunta de quién al caer el sol del día siguiente sería capaz de hablar de ello, y quién no. Mientras esa sospecha ocupaba muy naturalmente las mentes de las tropas en general, algunos espíritus más atrevidos trabajaban adivinando medios para ayudar al intentado asalto y asegurar su éxito. Entre éstos era conspicuo el Mayor Snodgrass, oficial perteneciente al regimiento británico 52, pero mandando en esta ocasión un batallón de portugueses. Hasta la noche actual tan sólo se había descubierto un vado, y ése a cierta pequeña distancia de las dos brechas. Después de examinar con cuidado la corriente a través de un telescopio, y desde cierta distancia, el Mayor Snodgrass concibió la idea de que debía haber otro vado más allá del ya conocido, y que permitiera conducir en seguida a los que cruzaran por él al pie de la brecha menor; y tan enteramente tomó posesión de su imaginación esta persuasión, que aunque la luna estaba en su primer cuarto y daba mucha luz, empleó toda la noche del 30 en un ensayo personal en el río. Lo halló, como esperaba, vadeable a baja mar frente a la brecha menor, pues lo cruzó personalmente, alcanzándole el agua hasta poco más del pecho. Pero como no estaba satisfecho con haber afirmado este hecho, escaló la superficie exterior de la brecha a media noche, alcanzó su cima y observó la ciudad. No sé cómo consiguió eludir la vigilancia de los centinelas franceses; pero que la eludió y que realizó el valiente acto que acabo de recordar, es familiarmente conocido por cuantos sirvieron en este sitio memorable.

Así pasó la noche del 30, intervalo de honda ansiedad para muchos, de gran excitación para todos. Más de un mandato se hizo, porque los soldados hacen sus testamentos, antes del amanecer. A eso de una hora antes del día las tropas estaban, como de costumbre, sobre las armas; y entonces se dieron las órdenes finales para el asalto. La división tenía que entrar en las trincheras a eso de las diez, en lo que se llama orden de marcha ligera, esto es, dejando sus mochilas y mantas, etc., detrás, y llevando con ellos tan sólo sus armas y municiones; y el destacamento encargado de esta empresa peligrosa y desesperada tenía que avanzar tan pronto como la marea apareciera bastante baja para permitir cruzar el río. Este puesto fué asignado a ciertos destacamentos de voluntarios que habían llegado de las varias divisiones del ejército mayor con el propósito de asistir al asalto de la plaza. Tenían que seguirles el 1.º, o regimiento real de infantería; el 4.º; a ése, el 9.º; y a aquél, el 47; mientras varios cuerpos de portugueses debían permanecer detrás como reserva para actuar según las circunstancias requirieran para apoyar o cubrir a las brigadas asaltantes. Tales fueron las órdenes dadas al romper el día del 30 de Agosto; y todos se prepararon alegremente para obedecerlas.

Es curioso hecho, pero es un hecho, que la mañana del 31 surgió oscura y encapotada, como si los elementos hubieran sabido la proximidad del conflicto estando determinados a añadir el desorden a su solemnidad. Un calor cerrado y opresivo penetraba en la atmósfera, en tanto que nubes bajas y azufradas cubrían el cielo impidiendo al sol lanzar sobre nosotros un rayo vivificador desde la mañana hasta la noche. Había también en el aire una especie de sosiego extraordinario; los pájaros se hallaban silenciosos en las arboledas; perros y caballos en el campamento, y el ganado, por el lado del monte, contemplaban con aparente alarma entre ellos. Además, mientras pasaba el día y la hora del ataque se acercaba, las nubes se acumularon gradualmente en masa negra directamente sobre la infeliz ciudad; y casi en el instante en que nuestras tropas empezaron a marchar hacia las trincheras, estalló la tempestad. Sin embargo, era relativamente suave en sus efectos. Un momentáneo relámpago, acompañado por el estallido de un trueno, era cuanto sentíamos, aunque era lo bastante para desviar en cierto grado en muchos la atención de sus íntimas preocupaciones.

El destacamento encargado de la sorpresa peligrosa y desesperada, tomó su puesto en la boca de las trincheras más avanzadas a eso de las diez y media. La marea, que había cambiado hacía tiempo, retrocedía rápidamente; y estos muchachos animosos esperaban su salida con febril ansiedad, tal como puede solamente imaginarlo quien se ha encontrado en semejante situación. En ningun-

na ocasión anterior desde el principio de la presente guerra había sido asaltada una ciudad en pleno día; tampoco, por necesaria consecuencia, se hallaron los asaltantes en condición de observar distintamente los preparativos que se hacían de antemano para su recepción. Había, por lo tanto, algo no sólo interesante sino nuevo en ver cómo las bocas de los cañones enemigos, del castillo y otras baterías, se volvían en dirección de flanquear las brechas, mientras el centelleo de las bayonetas y la momentánea exhibición de gorras y plumachos anunciaban la línea de infantería que se formaba debajo del parapeto. Y no se precisaba más prueba de la vigilancia de que todas las filas del enemigo se hallaban animadas, pudiéndose ver oficiales, aquí y allá, apoyando sus telescopios en lo alto de la muralla o a través la apertura de una tronera, espiondo con profunda atención nuestros preparativos.

Tampoco estaban ociosos nuestros oficiales, particularmente los de ingenieros. Con admirable frialdad, se expusieron a un nutrido fuego de mosquetería, que el enemigo conservaba a intervalos, en tanto que examinaban y volvían a examinar el estado de las brechas, procedimiento que costó la vida de un soldado tan bravo y experimentado como, el que había producido aquel distinguido cuerpo. Aludo a Sir Richard Fletcher, ingeniero jefe del ejército, que murió de un tiro en la cabeza pocos minutos antes de que la columna avanzara al asalto.

Seria difícil transmitir al ánimo del lector algo como una noción correcta del estado de sentimientos que toma posesión de un hombre que espera el principio de una batalla. Primeramente, parece que el tiempo se mueve bajo alas que le guían; cada minuto parece una hora, y cada hora un día. Luego, hay una extraña mezcla de ligereza y seriedad en él; una veleidad que le impulsa a reír, y que apenas sabe por qué; y una seriedad que le impele de vez en cuando a elevar una plegaria mental hacia el Trono de Gracia. En tales ocasiones, ocurre poca o ninguna conversación. Los soldados descansan sobre los gatillos de sus armas de fuego; los oficiales sobre sus espadas; y pocas palabras, excepto monosílabos, se desperdician, por lo menos en contestar a preguntas. En estas ocasiones, además, las caras de los más bravos a menudo cambian de color, y tiemblan los miembros de los más resueltos, no de miedo, sino de ansiedad, mientras se consultan los relojes, hasta que los individuos que los consultan se aburren de usarlos. En total, es una situación de alta excitación y de más sombrío y profundo sentimiento que ninguna otra en la vida humana; y no puede decirse que no la haya sentido cualquier hombre que sea capaz de sentimientos.

Apenas había pasado la media noche cuando el bajo estado de

la marea evidenció que el río podía ser vadeado, y se dió la voz de avance. Silenciosa como una tumba, la columna avanzó. En un instante las filas delanteras abandonaron las trincheras, y las otras se derramaban en rápida sucesión tras ellas cuando la obra de muerte empezó. El enemigo, que había reservado su fuego hasta que la cabeza de la columna llegara al medio de la corriente, lo abrió entonces con efecto mortífero. Metralla, fusilería, mosquetería, bombas, granadas, toda especie de proyectiles que la guerra moderna provee, fueron arrojados a poco desde la muralla, debajo de la cual nuestros valerosos muchachos se derramaban como el grano ante el segador; y de tal modo, que en el intervalo de dos minutos el río se atascó con los cuerpos de muertos y heridos, sobre los cuales, sin detenerse a distinguir uno de otro, las divisiones de avance se oprimían.

Se ganó pronto la orilla opuesta, y el corto espacio entre el lugar de llegada y el pie de la brecha se aclaró sin que contestara un solo tiro de los asaltantes. Pero aquí les esperaba una perspectiva muy alarmante. En vez de una grieta ancha y tolerablemente nivelada, la brecha presentó la apariencia de, un muro construido fuertemente, echado considerablemente de su perpendicular, el ascenso al cual, aun sin oposición, no sería fácil tarea. Era, sin embargo, demasiado tarde para detenerse; a más de esto, la sangre de los hombres estaba caliente y su coraje en fuego; así es que se oprimieron, trepando como mejor pudieran, ayudándose eficazmente uno al otro para no caer hacia atrás, con el ansia de las últimas filas de seguir a las que iban al frente. Gritos y gemidos se mezclaban ahora con el roncar del cañón y el estertor de la mosquetería; nuestras filas del frente, también, tuvieron la oportunidad de hacer fuego ocasionalmente con efecto, y la carnicería fué terrible por ambos lados.

Al fin, la cabeza de la columna forzó su camino hacia la cumbre de la brecha, donde se encontró en el más gallardo estilo a las bayonetas de la guarnición. Cuando digo la cumbre de la brecha, no quiero significar que nuestros soldados se mantuvieran al nivel de sus enemigos, porque éste no era el caso. Había un alto peldaño, acaso de dos a tres pies en perpendicular, el cual los asaltantes tenían necesariamente que coronar antes de que pudieran hallarse frente a frente con la guarnición, y pasó un tiempo considerable antes de que se alcanzara tal objeto. La bayoneta se cruzó aquí con la bayoneta, el sable con el sable, en cerrada y, desesperada contienda, siendo incapaz una parte de adelantar un pie y no pudiendo la otra conseguir forzarla hacia atrás.

Las cosas habían continuado en este estado durante casi un cuarto de hora, cuando el Mayor Snodgrass, a la cabeza del regi-

miento 13 portugués, se arrojó a través del río por su propio vado y se dirigió hacia la brecha menor. El ataque se llevó a cabo de la manera más fría y determinada; pero allí, también, obstáculos casi insuperables se opusieron; en verdad, es muy probable que la plaza no se hubiera tomado sino por la adopción de un procedimiento que no se había ensayado hasta entonces en la guerra moderna. El mando general ordenó a los cañones de nuestras propias baterías que hicieran fuego sobre el alto de la brecha. Nada podía exceder a la belleza y exactitud de la acción. Aunque el disparo pasaba a unos dos pies de las cabezas de los soldados británicos que permanecían más cerca del enemigo, no ocurrió ningún accidente, mientras que por el mortífero efecto del fuego los franceses sufrieron atrozmente.

El cañoneo había durado tan sólo algunos minutos cuando ocurrió una súbita explosión, tal, como que apagó todo otro ruido y aparentemente confundió por un instante a los combatientes de ambos lados. Una bomba de uno de nuestros morteros estalló junto al convoy, que comunicaba con una Cantidad de pólvora colocada bajo la brecha. Los franceses intentaban hacer volar esta mina en cuanto nuestras tropas se hubieran instalado definitivamente o establecido en la cumbre; pero el afortunado accidente citado se les anticipó. Explotó mientras trescientos granaderos, lo selecto de la guarnición, se hallaba encima, y en vez de barrer a los asaltantes enviándoles a la eternidad, tan sólo aclaró un camino para su avance. La vista de esa explosión fué un espectáculo tan espantoso y grande como la imaginación pueda concebir. El ruido era más imponente que cualquiera que yo haya jamás oído antes o después; en tanto que una llamarada resplandeciente, sucedida instantáneamente por un humo tan denso que oscureció toda visión, produjo un efecto sobre los que lo presenciaron, que no hay poder adecuado de lenguaje para describirlo. Tal fué, en verdad, el efecto en toda la concurrencia, que durante acaso medio minuto después, no se hizo un solo disparo por ninguno de los bandos. Ambas partes permanecieron así contemplando el estrago que se había producido, y de tal modo que cualquier murmullo hubiera podido ser captado por el oído en una distancia de varias yardas.

El estado de estupefacción en el cual quedaron al principio sumidos, no duró mucho en las tropas británicas. En cuanto el humo y el polvo de las ruinas se desvanecieron, vieron delante de ellas un espacio libre de defensores, e instantáneamente se abalanzaron a ocuparlo. A un grito emitido espantosamente, las tropas saltaron sobre el ruinoso parapeto, y la muralla fué suya. Ahora empezaron todas aquellas furiosas escenas que tan sólo se presentaban en una próspera tempestad, de descargas y carnicería, en que

los bandos se reúnen solamente para ser rotos y dispersados; hasta que, finalmente, habiéndose aclarado la maniobra a derecha e izquierda, los soldados se derramaron por la ciudad.

Para llegar a las calles tenían nuestros hombres que saltar unos quince pies o abrirse camino a través de las casas incendiadas junto al muro. Estas dos persecuciones se adoptaron, con arreglo a como iban dirigidas las distintas partidas en pos de la fuga del enemigo; y aquí se renovó una vez más la batalla. Los franceses se batieron con valor desesperado; eran expulsados literalmente de casa en casa y de calle en calle; y no fué hasta última hora del atardecer cuando toda oposición cesó por su parte. Entonces, no obstante, el gobernador, con poco más de mil hombres, se retiró al castillo, en tanto que otro destacamento, de tal vez unos doscientos, se encerró en un convento (12).

Tan pronto como la lucha comenzó a languidecer, sucedieron los horrores del pillaje y de la rapiña. Afortunadamente había pocas mujeres en la plaza; pero no puedo menos, aun ahora, de pensar sin estremecimiento acerca del destino de las pocas que estaban allí. Las casas fueron en todas partes saqueadas, el mobiliario locamente destrozado, profanadas las iglesias, arrojadas en pedazos las imágenes; las bodegas de vino y alcoholes fueron derribadas; y la tropa, encendida de irritantes pasiones, se convirtió absolutamente en loca por intoxicación. Todo orden y disciplina fueron abandonados. Los oficiales ya no tenían la menor fiscalización sobre sus hombres, los cuales, por el contrario, fiscalizaban a los oficiales; ni es cierto que varios de estos últimos no cayeran por manos de los primeros mientras intentaban en vano volverles a un sentido de subordinación.

La noche comenzó ahora, pero la oscuridad fué eficientemente dispersada por el deslumbramiento de las casas en fuego, las cuales, una tras otra, se incendiaron. La mañana del 31 había nacido sobre San Sebastián, ciudad tan pulida y regularmente edificada como cualquier otra de España; mucho antes de media noche era una mortaja de llamas; y al mediodía del día siguiente poco quedaba de ella fuera de sus cenizas humeantes (13). Como las casas eran elevadas, como las de la Antigua Ciudad de Edimburgo, y las calles angostas y rectas, el fuego voló de una a otra con ex-

(12) Sería en San Telmo. (N. del T.)

(13) San Sebastián, ocupado por el ejército francés el 5 de Marzo de 1808, fué asaltado cinco años después por el ejército aliado de ingleses y portugueses al mando del general Graham. Contaba la ciudad de 600 a 700 casas. sin contar las de San Martín y Santa Catalina, barrios de extramuros, tenía 21 calles y dos plazas. Si bien había muchas casas de mal aspecto, pequeñas y no bien distribuidas en su interior, las había también notables, como los palacios de Villalcázar (Idiáquez), de Salvatierra, de los marqueses de San Millán (Oquendo) y de Mortara, las casas suntuosas de los condes del Valle, de Peñafloresta y de Agramont, la de los marqueses de Narros de Rocaverde y de la Paz; llamaban la atención las moradas de Balacegui, en la calle Mayor, y las de Otazu. Sólo quedaron 36 casas dentro de las murallas de la ciudad, o sea la hilera de casas contiguas al templo de Santa María, que servían de hospitales, cuarteles y alojamiento a los franceses. (N. del T.)

traordinaria rapidez. Al principio se hicieron algunas tentativas para extinguirlo, pero pronto se demostró que eran inútiles; y entonces lo único de tenerse en cuenta fué la manera de escapar personalmente a su violencia. Muchas emigraciones se efectuaron por lo tanto de casa en casa, hasta que al fin no se pudieron encontrar ya casas bastantes para refugiar a todos, y las calles se convirtieron para la mayoría en el lugar de reposo.

El espectáculo que presentaban estas calles era verdaderamente lastimoso. Una luz fuerte cayendo sobre ellas de las casas en llamas, descubría muchedumbre de muertos, agonizantes y hombres intoxicados, confundidos indistintamente. Alfombras, rica tapicería, camas, cortinas, vestidos, todo lo valioso para las personas en la vida corriente, estaba cuidadosamente esparcido a lo largo sobre el ensangrentado pavimento, mientras se arrojaban continuamente nuevos géneros desde las ventanas, a veces con daño de los que permanecían en pie o sentados debajo. Aquí se veía un muchacho ebrio volteando una cuerda de relojes alrededor de su cabeza, y arrojándola luego contra la pared; ahí, otro, más prudente, rellenando su pecho con pequeños artículos de los que más apreciaba. Luego venía un grupo haciendo rodar ante él un barril de vino o bebidas alcohólicas, con grandes aclamaciones, el cual se horadaba en un instante y se vaciaba en increíble poco tiempo. Después, el incesante zumbido de las conversaciones, la risa momentánea y el salvaje alarido de la embriaguez, los gemidos lastimeros o profundos de los heridos y el interminable rugir de las llamas, producía todo junto tal concierto como no es posible que olvide un hombre que lo haya escuchado.

De estos varios ruidos, el mayor número empezó a apaciguarse gradualmente a medida que pasaba la noche, y mucho antes del alba había un tremendo silencio. El sueño había sucedido a la embriaguez en el grueso del ejército. De los pobres infelices que gemían y gritaban tres horas antes, muchos habían fallecido; y el fuego se había casi consumido devorando cuanto pudo. Nada, por lo tanto, se podía oír ahora, exceptuando algún momentáneo quejido plañidero, apenas distinguido entre el pesado respirar de los que dormían; y hasta eso pronto dejó de oírse. (14)

*(Continuará).*

---

(14) Mucho se ha escrito acerca de las causas que motivaron el incendio de la ciudad de San Sebastián en 1813. Se ha dicho que el pretexto que tuvieron para tan inaudita barbarie fué la suposición de que los vecinos de la ciudad tomaron parte con los franceses en la defensa de la plaza. El verdadero objeto de este hecho atroz no se pudo descubrir; pues unos le atribuyeron a la mera brutalidad de la soldadesca, otros al propósito deliberado de destruir el comercio de San Sebastián (Gorosabel). «Se dice que el incendio fué dado por ingleses y portugueses, aliados con los españoles para arrojar de España a Napoleón. ¿No es justo motivo de asombro que una fuerza amiga sin beneficio ulterior alguno, incendiara una ciudad que cerca y salta para sí?» (Gaztelu). «Y, sin embargo, se ha dicho que San Sebastián fué destruido por sus mismos aliados y que su ruina fue premeditada\* (Riera). También el conde de Toreno anotó: «Si casual, si puesto de intento, Ignoramos todavía las causas del incendio». El general Rey, defensor de San Sebastián, al mando de una guarnición francesa de 4.000 hombres, escribía al mariscal Soult haciéndole saber que en una salida de la plaza, sus soldados habían hecho prisioneros a cuatro alemanes de la legión de Brünswick. Lamiraus dice que una horda de soldados de todas las naciones, porque había allí, entre los voluntarios, alemanes e italianos al servicio de In glaterra, asaltaron sin escuchar ya a sus jefes, a quienes no conocían, por pertenecer a todas las fracciones del ejército aliado. (N. del T.).

# EL SUBALTERNO

P O R G . R . G L E I G

(Capellán-General de las fuerzas)

*(Traducción del inglés por MARTÍN DE ANGUIOZAR)*

## CAPÍTULO IV

Para que el enlace de la narración no pueda quedar interrumpido, he detallado en el capítulo precedente los acontecimientos concernientes al asalto y captura de San Sebastián, en lugar de atraer la atención del lector hacia los movimientos del cuerpo particular en el cual me hallaba destacado. Estos, sin embargo, se relatan pronto. En la tarde del 26 llegó una orden por la cual nos dirigían a marchar al día siguiente para reunirnos con la división del ejército que ocupaba el paso de Irún. Fué pronto obedecida y, después de una agradable jornada de cuatro horas, instalamos nuestra residencia en un valle estéril rodeado por todos lados de escarpadas y ásperas montañas, donde encontramos tiendas ya alzadas para nuestro alojamiento.

Permanecimos allí en estado de quietud hasta la mañana del 30 cuando, a las tres, un ayuda de campo llegó al campamento con instrucciones para que inmediatamente retrocediéramos sobre nuestros pasos y nos uniéramos al ejército delante de San Sebastián. Sabíamos perfectamente que la ciudad iba a ser bombardeada al siguiente día y, como es natural, no vimos con disgusto el tener que obedecer una orden que nos guiaba a asistir a nuestros camaradas. Se formaron filas con buena voluntad y, a eso de las siete, alcanzamos nuestro destino.

La intención de Sir Thomas Graham era embarcar un destacamento de tropas en los botes de la flota, el cual asaltaría el castillo en el momento en que el cuerpo principal se moviera de las trincheras. El cuerpo a que yo pertenecía fué elegido con este propósito. Pero, al reconocer la superficie del acantilado, se notó en seguida que para hacer una tentativa semejante se sacrificaría a destrucción segura al infortunado destacamento encargado de ella.

Esta parte del plan fué por consiguiente abandonada, tripulándose tan sólo unos pocos botes con el propósito de hacer un amago y desviar si era posible la atención del enemigo, y los demás, exceptuados los elegidos para acompañar al grupo del bombardeo, regresaron al frente al rayar el alba.

He manifestado ya que la mañana del 31 nació oscura y lóbrega, y que estalló una tormenta en el momento en que los sitiadores empezaron a llenar las trincheras. Continuó aumeatando a cada instante en violencia y sublimidad, así es que, cuando nuestras primeras filas de avance surgieron de sus cobertizos, alcanzó su apogeo una de las más terribles tormentas de truenos que yo haya jamás escuchado. No era ésta la única circunstancia que se añadía a los horrores de ese extraordinario día. El Mariscal Soult, consciente de la importancia de San Sebastián y lleno de esa confianza que un reciente nombramiento al mando generalmente confiere, hizo el 31 un esfuerzo desesperado para levantar el sitio. A la cabeza de una columna de quince mil de infantería, cruzó el Bidasoa cerca de Irún y atacó con gran valor las alturas de San Marcial. Estas estaban defendidas tan sólo por tropas españolas, que cedieron casi inmediatamente y fueron impelidas a las cimas de las colinas; pero allí, siendo sostenidas por una o dos brigadas de soldados británicos, fueron rehechas y mantuvieron su terreno con mucha resolución. De esta manera, aconteció que mientras una división del ejército se veía calurosamente empeñada en el asalto de San Sebastián, las divisiones en frente se encontraban en desesperada lucha con las tropas del Mariscal Soult; en tanto que los cielos tronaban de modo atroz y que la lluvia caía a torrentes. En una palabra, era un día que no olvidarán nunca quienes lo presenciaron; un día que, por lo menos yo, jamás olvidaré.

Es imposible describir con cierto grado de fidelidad el aspecto que presentaba San Sebastián cuando la aurora del 1.º de Septiembre hizo visibles los objetos. Las calles, que últimamente se hallaban cubiertas por los vivos así como por los muertos, habían quedado ocupadas ahora por los últimos; y eran éstos tan numerosos que confundía al observador indagar dónde habían encontrado sitio para echarse tantos hombres durmiendo. Las tropas, a pesar de ello, no volvieron con el regreso de la luz a su acostumbrado estado de disciplina. Habiendo recuperado su vigor con el sueño y restaurados sus sentidos, se dedicaron al negocio del pillaje con mayor diligencia que nunca. Pocas casas quedaron que no estuviesen en ruinas, pero hasta las ruinas eran exploradas con la más rapaz de las ansias, no tanto por alhajas y otros objetos valiosos como por vino y bebidas alcohólicas. Desgraciadamente, se descubrieron este día muchas bodegas que escaparon a la atención

con la prisa y confusión de la última noche, y la consecuencia fué que en el espacio de muy pocas horas prevaleció una vez más la embriaguez por todo el ejército.

No puedo decir más por observación personal acerca de San Sebastián y procedimientos para con ella, hallándose ahora mi puesto en el avance del ejército, pero también puedo agregar que el castillo aun se mantenía y que continuó así hasta el 8 de Septiembre. Estaba, a pesar de ello, como descubrimos luego, completamente desprovisto de amparo contra las bombas que se arrojaron incesantemente contra él; y de aquí que, después de sufrir todas las calamidades posibles durante una semana entera, el gobernador se vió, al fin, obligado a rendirse. Unos novecientos hombres, resto de una guarnición de cuatro mil, vinieron por esta medida a ser prisioneros de guerra, y aquellos prisioneros británicos que escaparon de los horrores del sitio, fueron recuperados; pero el lugar mismo carecía absolutamente de valor, hallándose en estado de completa ruina.

Todo el 1.º de Septiembre se empleó bajo las armas y en estado de profunda ansiedad por las tropas que ocupaban el paso de Irún, tanto que varios movimientos de la línea francesa aparecían indicando una renovación de hostilidades. Muchos carros de bueyes cargados de españoles heridos, pasaron en el intervalo a través de nuestro campamento, y los gritos y gemidos de estos pobres muchachos, entre el traqueteo de sus incómodos vehículos agitando las heridas que se abrían de nuevo, no tendían de ningún modo a elevar el ánimo ni a estimular el valor de los que los oían. No es que hubiera por nuestra parte ninguna oposición a acometer, pues creo que disgusto por pelear no fué nunca sentido por ingleses cuando el enemigo está a la vista; pero uno de los pocos efectos reales de la guerra, contemplados en momento de frialdad o inacción, es que rara vez se añade combustible al fuego valeroso que se supone arder siempre en el pecho de un soldado; y, la verdad, ésta era una lastimosa escena.

De todas las clases de hombres con los cuales tuve comunicación, los cirujanos españoles son, creo yo, los más ignorantes y los más perjudiciales. Entre las muchas amputaciones que durante la guerra tuvieron que efectuar, próximamente la mitad, o más de la mitad, demostraron ser fatales. Su modo de curar las heridas era además a la vez grosera e ineficaz, y de aquí que los infelices mutilados que nos pasaron esta mañana no sólo sufrían agudamente por el efecto natural de sus heridas, sino que fueron sometidos a más que una tortura ordinaria por causa de la vulgar y ruda manera en que sus contusiones habían sido atendidas.

Aunque no tengo intención de escribir una memoria regular de

las campañas de 1813 y 1814, es necesario, con el propósito de que mi diario resulte inteligible, dar en este punto de él alguna cuenta de las situaciones relativas de los ejércitos británico y francés.

Los dos reinos de Francia y España están divididos hacia las orillas de la bahía de Vizcaya por el río Bidasoa, corriente de poca consideración que naciendo en el interior de la península sigue el curso sinuoso de uno de esos muchos valles en que abundan los Pirineos y cae al mar cerca de la antigua ciudad de Fuenterrabía. El Bidasoa es perfectamente vadeable en casi todos los sitios a distancia de diez millas de su embocadura, mientras exactamente enfrente del mismo Fuenterrabía hay una parte en que se puede llevar a cabo un paso a baja marea, alcanzando el agua tan sólo hasta el pecho de quien lo cruza. A unas dos o tres millas de Irún, que dista algo menos de una legua de Fuenterrabía, hay un antiguo vado a través del cual se había edificado un puente (15), pero que en el tiempo de esta narración se hallaba en ruinas; por consecuencia, había dos vados separados que dirigían el paso de Irún, por los cuales o por cualquiera de ambos podía avanzar un ejército con seguridad.

A cada lado de esta pequeña corriente, los montes, excepto en los pasos de Irún, Roncesvalles, etc., se alzan tan abruptos que casi forman una barrera impracticable en un reino y otro. El paisaje del Bidasoa es por consiguiente romántico y chocante en extremo, pues no sólo es la superficie de las elevaciones escarpada y áspera sino que se halla cubierta aquí y allá, con la más exuberante vegetación, en tanto que frecuentes arroyos derramándose desde las cimas forman, sobre todo después de la lluvia, cascadas que son sumamente pintorescas, y a veces hasta sublimes. El mismo río es claro y rápido en su curso, contorneando como lo hacen generalmente los arroyos montañeses, donde los montes vienen a impedir su marcha; y soy un testigo viviente de que no faltan truchas, habiéndolas pescado más de una vez con mi amigo el capitán Grey.

En el tiempo de que ahora estoy hablando, los ejércitos de lord Wellington y Mariscal Soult ocupaban las orillas opuestas de esta pequeña corriente. Nuestros piquetes estaban estacionados en el nacimiento de los montes españoles; los de los franceses, en las laderas de sus propias montañas; mientras los centinelas de avanzada quedaban separados tan sólo por el río, que medía en muchos sitios no más de treinta yardas de una parte a otra. Pero los franceses, cualquiera que fueran sus faltas, eran un enemigo noble. El más perfecto acuerdo prevalecía por lo tanto entre ellos y nos-

---

(15) El puente de Behobia (N. del T.).

otros, por el cual no sólo continuaban los centinelas libres de peligro, sino que los mismos piquetes se hallaban libres de maliciosa sorpresa, no habiéndose intentado ataque alguno bajo ninguna circunstancia contra un puesto avanzado a menos que significara el ir seguido de un combate general.

En cuanto a mí, mi posición se hallaba, como he dejado ya establecido, en un valle desabrigado, distante a unas tres millas del río y rodeado por todos lados de áridos y salvajes precipicios. En tal sitio había poco que interesase o divirtiese, pues no podíamos ver nada del ejército francés y había una triste escasez de caza, en cuyas pesquisas procedía yo regularmente. No obstante, allí permanecimos hasta la mañana del 5 sin que ocurriera ningún acontecimiento digno de novedad, a no ser que pueda ser considerada como tal una afortunada compra de dos cabras lecheras que realicé a un aldeano español. Pero ese día cambió nuestra situación, y el precioso paisaje al cual nos conducía nuestra marcha, compensaba sobradamente las fatigas que nos ocasionó.

No es de ningún modo la menor circunstancia agradable en la vida de un soldado en servicio activo el que no sepa nunca cuando se levanta por la mañana dónde va a dormir por la noche. Una vez puesto en movimiento, como cualquier otra máquina, se mueve hasta que el poder que regula sus movimientos demanda una parada, y en cualquier parte donde esa parada pueda ocurrir, allí está por el momento su hogar. Un hombre así no tiene en su pensamiento ni sombra de inquietud, pues la peor cama que pueda encontrar es el césped y rara vez disfruta otra mejor que su capote o manta. Dadle una tienda—y el comandante de las tuerzas nos ha provisto Ultimamente de tiendas—y se halla con lujo, por lo menos mientras dura el verano o el tiempo continua templado; ni hemos sufrido todavía de ningún golpe de viento, contra lo cual no ofrecen nuestras tiendas suficiente protección.

Estaba justamente saliendo el sol en la mañana del 5 de Septiembre cuando nuestras tiendas fueron levantadas, se formó línea de marcha y nos pusimos en camino hacia la base de uno de los más altos montes que nos cercaba por todos lados. A lo largo de la superficie de esta montaña se hallaba trazado un estrecho sendero sinuoso para acomodo, según toda probabilidad, de cabreros o muleteros que idean transportar artículos de lujo y ropas a los más rústicos distritos en que se puede encontrar habitantes humanos. Era, a pesar de ello, tan escabroso y pendiente como para impedir eficazmente a los nuestros que observaran algo parecido a orden en sus filas, y esto fue causa de que un batallón de algo más de seiscientas bayonetas cubriera una extensión de terreno que media desde el frente hasta la retaguardia no menos de tres

cuartos de milla. Naturalmente, la fatiga de trepar fué muy grande, cargados como estábamos con armas, municiones y otras cosas necesarias, y Como el calor del día aumentaba, se hizo casi insoportable. Pero trabajamos con buen ánimo esperando que cada cañada o sitio plano al que llegábamos se convirtiera en lugar de nuestro reposo; y no poco encantados con las vistas románticas que cada revuelta del camino colocaba delante de nosotros.

Continuamos esta ardua jornada durante cinco horas, cuando, al alcanzar la cima de un verde monte aislado, detrás del espinazo ya descrito, los cruzaron cuatro oficiales montados, uno de los cuales cabalgaba un poco delante de los demás que, al contrario, iban juntos. El que marchaba al frente era un hombre delgado y bien hecho, aparentemente de estatura media y que acababa de pasar la flor de la vida. Su traje consistía en sencilla levita gris abotonada junto a la barba, enderezado sombrero cubierto de tela impermeable, pantalones grises, botas hebilladas de lado y un ligero sable montado en acero. Aunque no sabía yo quién era, había tal brillantez en su mirada que prevenía en él algo más que un ayuda de campo o un general de brigada; y no quedé mucho tiempo en la duda. Había en las filas muchos veteranos que habían servido en la península durante varias de las primeras campañas; éstos reconocieron en seguida a su viejo caudillo, y el grito de «¡Duro, duro!», título familiar dado por los soldados al Duque de Wellington, se levantó. Este fué seguido de repetidas aclamaciones, a que correspondió quitándose el sombrero y haciendo reverencias con él, y, después de ensalzar el aspecto del cuerpo y de hablar un momento con el oficial que lo mandaba, aconsejó que se hiciera alto en el lugar donde estábamos y siguió su camino.

Como no había yo nunca visto al gran Capitán del día antes, se comprenderá pronto que yo le mirara en esta ocasión con un grado de admiración y respeto que un soldado de diecisiete años, consagrado a su profesión, es natural que sienta por el hombre a quien mira como a su más brillante adorno. No había nada en su aspecto general, nada que indicara una vida en penalidades o fatigas, ni tampoco expresión de inquietud o ansiedad en su semblante. Por el contrario, su mejilla, aunque bronceada por su frecuente exposición al sol, conservaba la rubia tez de la salud, en tanto que una sonrisa de satisfacción se dibujaba por su boca y decía, más sencillamente que las palabras, lo perfectamente que se sentía. Es claro que yo sentí al contemplarle que no podía ser vencido un ejército bajo su mando, y tuve después frecuentes oportunidades de notar cuán lejos va un sentimiento así hacia impedir una derrota. Dejad que las tropas coloquen su absoluta confianza en

quien les dirige, y su presencia en el momento de mayor prueba vale por una brigada fresca.

De acuerdo con la recomendación de lord Wellington, el cuerpo hizo alto en el hermoso monte verde al cual había llegado, pero pasaron dos grandes horas hasta que el equipaje llegara. En el entretiem po la mayoría de los nuestros, incluyéndome a mí mismo, se echaron sobre la hierba y se durmieron en seguida, no despertándose hasta que la llegada de las tiendas nos intimó a la muy agradable ocupación de hervir nuestras calderas y de preparar el almuerzo. Este principió pronto y, habiendo satisfecho las exigencias del hambre, disipamos toda molestia a que estuviéramos sujetos.

## CAPÍTULO V

Rara vez he contemplado un paisaje más romántico que el que rodeaba el punto en que estábamos detenidos. Habíamos estado ascendiendo gradualmente las montañas durante las últimas cuatro o cinco horas y al fin nos encontrábamos en la cumbre de un monte verde que, contrastado con las audaces alturas que le sitiaban, podía ser considerado como un valle, aunque a muchos miles de pies sobre el nivel del mar. Un lado de esta plataforma herbosa aparecía perfectamente perpendicular. En esta dirección estaba separada de escarpado espinazo por estrecho barranco, tan profundo y desigual que fueron infructuosas todas las tentativas para descubrir su base. Por otro lado se unía con el Quatracone; por el tercero, que era por el que habíamos avanzado, se inclinaba gradualmente hasta que la vista se perdía en bosques suspendidos, mientras detrás nuestro tan sólo un pequeño declive verde lo dividía de otros montes semejantes que permitían un paso relativamente llano a la ferrería de San Antonio.

Aquí fué donde, durante la serie de batallas que Soult arriesgó un mes antes, una división del ejército francés hizo varios esfuerzos atrevidos por romper la línea aliada, y donde, en verdad, la línea estuvo un tiempo rota verticalmente. La apariencia de todo en torno lo atestiguaba. No solamente el terreno de nuestro campamento, sino todo el trayecto estaba sembrado de armas de fuego rotas, picas, cápsulas y equipajes, mientras aquí y allá un terra-

plén de tierra parda, rompiendo la uniformidad del verde césped, señalaba el punto en que unos diez o doce bravos muchachos yacían dormidos. En el curso de mis merodeos vi además varios rincones retirados en que los restos de cuerpos muertos—restos que los lobos y los buitres habían dejado—yacían todavía insepultos; y éstos, por la dirección en que se hallaban vueltos el uno hacia el otro, me permitió deducir que la contienda había sido desesperada y que las tropas británicas fueron gradualmente empujadas al mismo borde del precipicio. Que varios de ellos fueron impelidos más allá del borde, es más que probable, porque, particularmente en un sitio, noté un pequeño grupo de soldados franceses e ingleses yaciendo pie con pie junto a él.

No preciso informar a los lectores de que águilas, buitres y gavilanes son fieles seguidores de un ejército. Abundaban particularmente aquí, no sé si porque se les proveía de más alimento que el corriente, o porque sus nidos estuvieran contruídos entre las rocas del Quatracone, pero giraban y revoloteaban sobre nuestras cabezas con tanta osadía que casi provocaban a una persecución. Tomé el fusil, por lo tanto, en la mañana después de nuestra llegada y me encaramé por la montaña, pero fracasaron todos mis esfuerzos para poder ponerme a tiro de esas criaturas precavidas. El cansancio de la excursión quedó sin embargo más que compensado por la magnífica perspectiva que se abrió a mi contemplación que, aunque pueda quizás ser igualada, creo firmemente que no puede ser sobrepasada en ninguna parte del mundo.

Desde la cumbre del Quatracone mira el viajero, no sólo el variado paisaje que presentan todos los distritos montañoses, sino los fértiles llanos de Gasconia, las aguas de la bahía de Vizcaya y los nivelados (?) campos de Asturias. Las villas de Bayona, San Juan de Luz, Fuenterrabía, Irún, San Sebastián, Vitoria y muchas otras yacen debajo disminuidas, en verdad, como manchas, pero aún distinguibles, mientras hacia el sur bosques de pinos y arboledas de alcornoques, ásperos precipicios y oscuros valles presentan contraste chocante con esas residencias del hombre. El día en que escalé las montañas resultó ser particularmente favorable; no había una nube en el cielo, ni la menor niebla en la atmósfera; y de aquí que, aunque fracase en obtener el objeto por el que dejé el campamento, regresara por la tarde más contento que nunca con el resultado de mi excursión.

Permanecimos en esta deliciosa posición tan sólo dos días y, en la mañana del 6 de Septiembre, arriamos nuevamente nuestras tiendas. Había pasado el mediodía, no obstante, antes de que empezáramos a andar, cuando, tomando la dirección de la ferrería, ascendimos la cadena de montes verdes ante nosotros hasta alcan-

zar una eminencia directamente sobre el Bidasoa y, por consecuencia, a la vista del campamento enemigo. Nuestra marcha no fué de ningún modo agradable. Apenas habíamos dejado nuestro terreno cuando la lluvia empezó a caer a cántaros y, como el equipaje viajaba más despacio que nosotros, nos vimos obligados a esperar una hora entera en la ladera de un monte negro antes de que pudiera procurarse algún abrigo contra la tormenta. Pero estas cosas en la vida del soldado son demasiado comunes para ser muy estimadas. Por fin llegó el equipaje. Se plantó pronto nuestra tienda, nuestros cigarros se encendieron, se calentó el vino, nuestros capotes y mantas se extendieron sobre el suelo, y nosotros mismos nos quedamos tan cómodos y animosos como pueda desearlo cualquier hombre.

Es costumbre invariable cuando los ejércitos están acompañados que los cuerpos que componen la línea avanzada pasen revista en armas todas las mañanas una hora antes de salir el día. En la presente ocasión formábamos nosotros el avance, siendo unos pocos piquetes de españoles las únicas tropas entre nosotros y el enemigo; y por consiguiente fuimos despertados en nuestras cómodas posturas ordenándonos que estuviéramos bajo las armas mucho antes de que apareciera el alba. Se formó entonces una columna compacta en la que permanecieron nuestros hombres mientras duró la obscuridad, pero cuando el oriente empezó a teñirse, se les permitió apilar sus armas en pabellones y moverse de un lado a otro. Y, en verdad, el gran frío que en estas regiones acompaña a la proximidad de la luz diurna, convertía tal indulgencia en muy agradable. No podíamos, sin embargo, aventurarnos lejos de nuestras armas, porque si se hubiera llevado a cabo cualquier ataque, ésta era precisamente la hora en que teníamos que pensar en él; pero, al fin, ideamos conservar nuestra sangre en circulación corriendo alrededor de ellas.

La proximidad del día en los Pirineos, en el mes de Septiembre, es un espectáculo que no cae en suerte presenciar a todos los hombres y que puede imaginarlo difícilmente quien no lo haya contemplado. Durante algún tiempo después de las roturas grises crepusculares, se contempla alrededor tan sólo un vasto mar de niebla que gradualmente se alza y descubre por intervalos el pico de algún áspero monte, dándole apariencia de verdadera isla en un verdadero océano. Pronto las montañas se hacen por todas partes distinguibles asomándose, como diría un marino, anchas a través la niebla, pero los valles continúan mucho tiempo cubiertos, cediendo la bruma que sobre ellos cuelga tan sólo a los rayos del sol del mediodía. A lo largo de un valle debajo de la presente posición, una columna considerable de infantería francesa se abrió

camino durante una de las Últimas acciones, y fué tan perfecta la ocultación que proveyó la niebla que, aunque el sol había salido algún tiempo, penetraron completamente sin ser observados hasta el borde del monte. En la ocasión presente no se hizo semejante tentativa, pero nos tuvieron en nuestro puesto hasta que la bruma se dispersó tanto como para que los objetos fueran claramente visibles a media distancia de la garganta, y en cuanto ocurrió esto la columna fué disuelta y cada cual se dedicó a su empleo favorito.

En cuanto a mí, mi constante ocupación, siempre que las circunstancias lo permitían, era vagar en torno con un fusil a la espalda y un perro o dos cazando delante de mí, no solamente tras la caza, sino con el propósito de examinar el país lo más ventajosamente posible y haciendo cuando era posible observaciones personales sobre las diferentes posiciones de los ejércitos hostiles. Con esta idea tomé rara vez una dirección hacia la retaguardia, marchando generalmente hacia las avanzadas e inclinando mi caminata a derecha o izquierda, según que a un lado u otro se me ofreciera la mayor oportunidad de obtener una exacta perspectiva de ambos campamentos. En esta ocasión volví mis pasos hacia las alturas de San Marcial. Este era el punto que Soult asaltó con el mayor vigor en su vana tentativa de levantar el sitio de San Sebastián en el mismo momento en que se procedía al asalto de esa ciudad. Estaba defendido ese día por españoles, y sólo españoles, a quienes el parte de lord Wellington presentaba habiendo rechazado al enemigo con gran bizarría, pero por mi parte no puedo menos de admirar la bravura de las tropas que, aunque superiores en número, se aventuraron a atacar semejante posición. Las alturas de San Marcial se alzan tan abruptas sobre el lecho del Bidasoa, que balanceándome de rama en rama fué como únicamente conseguí en muchos sitios descender a ellas; no obstante, una columna de mil quinientos franceses se abrió camino casi hasta la cumbre, y probablemente hubieran conseguido hasta tomarla si no es por la llegada oportuna de una brigada inglesa de guardias. Esta, en verdad, no se comprometió, pero actuaron como reserva, y la vista de ella inspiró a la división española el ánimo suficiente para mantener su terreno y hacer fracasar el progreso ulterior de los asaltantes.

Desde estas alturas obtuve una vista bastante clara del campamento francés en distancia considerable tanto a la derecha como a la izquierda. La hilera de montes que ocupaba era en algunos puntos menos elevada, en otros hasta más escarpada y más alta que en la que yo ahora permanecía. Entre mí y ella ondeaba el Bidasoa a través un valle en verdad angosto, quizás no más que un tiro de fusil, pero rico y bello en extremo; no tan sólo

por lo que se refiere a los tupidos bosques que en gran parte se desparraman por él, sino por los exhuberantes campos de labranza, praderas y caserías que yacen esparcidas a lo largo de ambas orillas del río. Los puestos avanzados del ejército francés ocupaban su lado de este collado, hallándose sus centinelas apostados al borde del río, y los nuestros, esto es, los piquetes españoles, se hallaban estacionados poco más o menos a medio camino del monte y no enviaban sus centinelas más allá de su base. Buscaba en vano con mi vista las tiendas blancas del ejército inglés. Estas se hallaban plantadas generalmente en huecos de bosques, de modo a ser ocultadas enteramente del examen del enemigo y a amparar a sus huéspedes lo más posible de las tormentas; pero las bien construidas de los soldados franceses se distinguían en muchos sitios. Es cierto que un francés tiene más experiencia en el arte de alojarse que un soldado de cualquier otra nación. Los domicilios que ahora contemplaba no eran como los que nosotros ocupábamos últimamente, formados con ramas de árboles tan sólo, cubiertos con varas y hojas secas y desprovistos de chimeneas por las cuales pudiera escapar el humo; al contrario, eran chozas buenas, sólidas, con paredes de arcilla y techos de paja, erigidas por los constructores en calles rectas; el campamento de cada brigada y batallón tenía más apariencia de un poblado establecido que de residencia temporal de tropas en servicio activo. Con ayuda de mi telescopio pude percibir soldados franceses, unos charlando, otros jugando, junto a sus cabañas, sin que pudiera menos de admirar el perfecto buen ánimo que parecía prevalecer en hombres que habían sido derrotados hacia tan poco tiempo.

En este límite la derecha del ejército francés ocupaba el terreno elevado encima de Hendaya y se apoyaba en el mar, mientras nuestra izquierda, ocupando las villas de Irún y Fuenterrabía, se apoyaba también en el mar. La izquierda francesa estaba estacionada sobre una montaña llamada Larún y sostenida por un puesto fuertemente fortificado sobre el monte, o mejor, en la roca de la Ermita. Nuestra derecha estaba apostada en el paso de Roncesvalles y a lo largo de las montañas más allá de él, pero no podría ser descrita desde el punto que ocupábamos ahora. Así, tan sólo el valle del Bidasoa nos separaba a unos de otros, aunque pueda parecer una barrera suficiente cuando se considera lo muy escarpado de sus orillas.

Habiendo permanecido aquí lo bastante para satisfacer mi curiosidad, regresé hacia casa, tomando la dirección del profundo valle que yace debajo de nuestro campamento. No alcancé su base sin bastante dificultad y, cuando me hallé allí, me quedé particularmente asombrado de la absoluta soledad, del inusitado silencio

de todo en rededor mio. Busqué caza en vano. No parecía que criatura viviente tuviera derecho al valle; no había pájaro de ninguna especie o descripción en las ramas; tan sólo prevalecía un silencio como de muerte, sin que penetraran las brisas, sin que se movieran las hojas. Me senté al borde de un arroyo, hallándome algo aburrido y sediento, a pesar de que sentía una fuerte aversión a beber, pues el agua parecía tan turbia que no podía sentir inclinación hacia ella. Me levanté de nuevo y continué mi camino esperando alcanzar algún contorno donde pudiera presentar aspecto más tentador. Al fin la sed me venció y, aunque no había mejora en el color del agua, me incliné y apliqué mis labios a su superficie, cuando, lanzando mi vista un poco hacia la derecha, percibí el brazo de un hombre hincado en el mismo centro del arroyuelo. Estaba negro y putrefacto, y las uñas se habían desprendido de algunos de los dedos. Como es natura: puse en marcha a mis pies sin probar el corrupto elemento y sin poder resistir un momentáneo disgusto ante la idea de haber escapado tan cerca de beber esa tintura de esqueletos humanos.

De este modo continué merodeando durante cuatro o cinco días, vagando entre algunas de las más salvajes escenas que la naturaleza es capaz de producir, y ello con tanta frecuencia como lo permitía el tiempo; y divirtiéndome lo mejor que podía, a cubierto de discusiones, cuando caían lluvias y soplaban vientos. Entre otros descubrimientos efectuados en el curso de estas andanzas, había dos notables cuevas con apariencia de minas abandonadas mejor que de concavidades naturales, pero no tuve oportunidad de explorarlas, pues en la mañana que intenté consagrar a tal propósito, abandonamos nuestro campamento moviéndonos hacia nueva posición. Esta era un pequeño monte al pie de las montañas que habíamos ocupado últimamente, distante unas dos millas de Irún y a una milla de la gran carretera, que demostró ser uno de los puestos más agradables que se nos habían asignado desde nuestro desembarco. Allí permanecemos estacionados hasta el avance del ejército hacia Francia y, como los asuntos de un día se parecían mucho a los del otro, no molestaré a mi lector relatando detalles, pero fijaré en pocas palabras tan sólo algunas de las más notables aventuras que dieron carácter al tiempo empleado.

En primer lugar, el asunto principal del ejército consistía en fortificar su posición alzando reductos aquí y allí, en todas partes donde se hallara finalidad para un reducto. En segundo lugar, hacíamos, yo y otros, frecuentes visitas a Irún y Fuenterrabía, villas de las cuales poco podía decirse en cualquier tiempo como alabanza, y de fijo nada entonces. Las dos estaban enteramente desiertas, por lo menos por los más respetables de sus habitantes,

y la última se hallaba en ruinas, llena de soldados españoles, muleros, seguidores del campamento, cantineros y aventureros. Quedáronse los explotadores de casas de juego, es cierto, y recogieron no pequeña cosecha de sus huéspedes, pero, a excepción de esto y de otros temperamentos no más puros que ellos, pocos de los ocupantes originarios de casas las ocupaban. Otra vez teníamos delante de nosotros una soberbia corriente de truchas en el Bidasoa, de la cual mi amigo y yo hicimos buen uso. Y aquí no puedo menos de hacer notar una vez más la excelente inteligencia que prevaleció entre los ejércitos hostiles y la genuina magnanimidad del uno hacia el otro. Muchas veces vadeé la mitad del pequeño río, en cuya orilla opuesta estaban apostadas las guardias enemigas, acudiendo los soldados franceses en grupos a presenciar mi acontecimiento y a señalar determinados charcos o remolinos en que se podía realizar el mejor deporte. En tales ocasiones, la única precaución que guardaba era la de vestirme una chaqueta escarlata, y entonces podía aproximarme hasta pocas yardas de sus centinelas sin peligro de ser molestado.

Me cayó en suerte una mañana en que el cuerpo permanecía aquí, llevar el mando de una incursión forrajera. Se nos mandó dirigirnos a lo largo de la orilla del río y traer tanto forraje verde, o mejor dicho maduro—pues, aunque no segado, estaba completamente maduro—, como nuestros caballos pudieran. En esta ocasión me hallaba encargado de veinte hombres desarmados y unos cincuenta caballos y mulas, y debo confesar que no carecía de aprensión de que una tropa de caballería francesa avanzara a través la corriente y nos cortara el paso. Como es natural, tomé todas las disposiciones para una rápida retirada, deseando que los hombres abandonaran sus animales si ocurría tal cosa, y que hicieran lo posible por llegar hasta los centinelas, pero felizmente se nos permitió cortar el maíz a nuestro albedrío y regresar con él sin ser molestados. Pero termino estos detalles en cuanto relate las particularidades de una excursión que una parte de nosotros realizó a San Sebastián con la idea de entretener lo mejor que pudiéramos este período de inacción.

Dejé ya establecido que la ciudadela, después de soportar todos los horrores de un bombardeo que duró una semana entera, se rindió finalmente el 8 de Septiembre. Ahora era el 15 cuando, con otros dos o tres, montamos nuestros caballos a poco de caer el sol, sintiéndonos deseosos de examinar la condición de una plaza que se había sostenido durante tanto tiempo y con tanto vigor. El camino por el cual viajábamos era al mismo tiempo nivelado y en buen estado, corriendo a través del paso de Irún, sinuosa garganta angosta dominada en ambos lados por ásperos precipicios que, en

varios sitios, se hallan difícilmente a más de cincuenta yardas de distancia. Lo seguimos durante unas doce millas cuando, cortando a la izquierda, continuamos nuestro camino por una especie de atajo, sobre monte y valle, hasta que nos encontramos entre las huertas que coronan las alturas inmediatas sobre la ciudad. Habíamos dirigido nuestra marcha por aquel lugar porque un amigo médico, a quien se había dejado encargado de los heridos que no podían ser conducidos, estableció sus cuarteles ahí en una gran casería o granja que convirtió en hospital temporal, y a él nos llegamos en demanda de camas y mantenimiento. No quedamos contrariados, porque encontramos ambas cosas, que demostraron ser superiores en calidad a cuanto nos había caído en suerte desde que desembarcamos.

El lector creará fácilmente que un hombre que ha empleado varios de los mejores años de su vida en medio de escenas de violencia y sangre, deba haber presenciado muchos espectáculos altamente repugnantes para los más delicados sentimientos de nuestra naturaleza; pero cuadro más espantoso por el que la guerra haya pasado—la guerra en sus más oscuros colores—que el que presentaba San Sebastián y la campiña inmediatamente vecina, nunca lo contemplé ciertamente. Mientras un ejército está estacionario en algún distrito, se halla uno completamente inconsciente de la obra devastadora que puede ir realizándose, pues ve tan sólo la confusión y el fasto de las operaciones hostiles; pero cuando la corriente ha rodado por allí y se regresa al sitio por el que ha barrido últimamente, el efecto sobre la imaginación es tal que no puede ser ideado por el que no lo experimentó. Poco más de una semana se había deslizado desde que la división empleada en el asedio de San Sebastián hizo su avance. Sus trincheras no se hallaban aún repletas, ni sus baterías demolidas, y ya aquéllas habíanse confundido en algunos sitios, y éstas empezaban a desmoronarse. Pasamos junto a ellas, no obstante, sin hacerlas mucho caso. Era en verdad imposible no reconocer que el absoluto silencio era más imponente que el bullicio y la agitación que últimamente las dominó, en tanto que la ruinosa condición del convento y de las pocas casitas de campo que se alzaban cerca de él, despojadas de techos, puertas y ventanas, y perforadas por los disparos de cañón, nos declaraban ahora que se hallaban desiertas, despertando en nosotros sensaciones algo tenebrosas. Pero éstas eran bagatelas, meramente nada, comparadas con los sentimientos que excitaba la vista de la misma ciudad.

Al seguir la ruta principal y aproximarnos a San Sebastián por su entrada ordinaria, fuimos sorprendidos de pronto ante el ligero daño hecho a sus fortificaciones por el fuego de nuestras baterías.

Los muros y almenas junto a la puerta de entrada aparecían completamente intactos, estando las troneras desfiguradas. Pero el error fué decayendo gradualmente al acercarnos más, y se desvaneció totalmente antes de que alcanzáramos el glacis. Encontramos el puente levadizo caído a través el foso, de tal modo que el esfuerzo por pasar no se hacía sin peligro. Las puertas de dos hojas estaban arrancadas de sus goznes, una yaciendo aplanada sobre el suelo, la otra inclinada sobre el muro, mientras nuestros pasos, al seguir a lo largo del pasaje arqueado, resonaban fuerte y melancólicamente.

Habiéndolo cruzado, nos vimos en el principio de lo que había sido calle principal de la plaza. No hay duda que fué en su día nítida y regular, pero nada quedaba ahora de las casas excepto los armazones exteriores que, sin embargo, aparecían siendo de altura uniforme y de un estilo de arquitectura. Por lo que pude juzgar, se alzaban a cinco pisos del suelo y estaban fachadas con una especie de piedra tan concienzudamente oscurecida y manchada que era difícilmente perceptible. La misma calle estaba además atacada con montones de ruinas, entre las cuales se veían esparcidos fragmentos de mobiliarios y lencería, mezclados con cápsulas, equipos militares, balas esféricas, trozos de bombas y todos los demás instrumentos de contienda. Ni hacían falta otras evidencias del drama que acababa de desarrollarse aquí que la forma de los cuerpos muertos que corrompían e infectaban el aire con la más horrible fetidez. Por otro lado, no se veía criatura viviente, ni un perro, ni un gato. En verdad, cruzamos toda la ciudad sin encontrar más de seis seres humanos. Estos, por su traje y apariencia abyecta, me parecieron algunos de los habitantes que habían sobrevivido al asalto. Tenían aire salvaje y huraño y se movían de un lado a otro como si estuvieran buscando entre las ruinas los cuerpos de sus parientes muertos o como si esperaran hallar algún pequeño remanente de su propiedad. Noté que dos o tres de ellos llevaban sacos en sus brazos, en los cuales introducían cualquier artículo insignificante de cobre o hierro que se les presentaba al paso.

De las calles—cada una de las cuales se parecía en todo a la en que penetramos al principio—nos dirigimos hacia la Brecha, donde un espectáculo terrible nos esperaba. La encontramos cubierta, literalmente cubierta, de fragmentos de esqueletos, para cuyo enterramiento era evidente que no se había hecho tentativa eficaz. Después supe que el cuerpo español que se había dejado para cumplir este deber, en vez de enterrarlos, procuró quemar los cuerpos, y de aquí los medio consumidos miembros y troncos que se veían desparramados alrededor, surgiendo la emanación que oprimía

por todos conceptos. Nos vimos verdaderamente contentos al dejar esta parte de la ciudad, y apresuramos nuestros pasos por el camino más corto hacia el Castillo.

Nuestra visita nos convenció pronto de que estábamos engañados acerca de la idea que formábamos de su gran fortaleza. Estaban los muros tan débilmente contruídos que en algunos sitios en que ningún disparo podía haber chocado con ellos, se hallaban abiertos por el retroceso de los cañones que les coronaban. Unas veinte piezas pesadas de ordenanza con un par de morteros componían el total de la artillería de la plaza, y no había edificio a prueba de bomba, excepto la casa del gobernador. Un gran horno, que parecía haber sido excavado en la roca, escapó al daño, pero los cuarteles estaban perforados por todas partes y en ruinas. Que la guarnición debió sufrir atrozmente durante la semana de bombardeo, lo probaba todo en el lugar y en sus contornos. Se cavaron muchos agujeros en la tierra, cubriéndoseles con anchas piedras, dentro de los cuales se habían los, soldados amparado sin duda, pero no podían protegerles, por lo menos en número suficiente.

En otros lugares visitamos lo que había sido hospital. Era una larga habitación conteniendo unos veinte armazones de camas para enfermos, todos ellos completos y cubiertos de jergones de paja, la mayoría teñidos de sangre, pero uno sólo tenía un ocupante. Nos aproximamos y, alzando tosca sábana que le cubría, vimos el cuerpo de un joven, evidentemente de no más que diecisiete años de edad. Tenía la señal de una bala de mosquete a través de su pecho, pero estaba tan fresco y había sufrido tan poco de los efectos del decaimiento, que temimos hubiera sido dejado para perecer por negligencia. Confío en que nos equivocamos. Le cubrimos de nuevo y abandonamos el lugar.

Habíamos ya satisfecho nuestra curiosidad por completo y volvimos nuestras espaldas a San Sebastián, no sin una percepción fría de los horribles aspectos de nuestra profesión, pero se desvaneció al aproximarnos a los cuarteles de nuestro mesonero y pronto abrió paso a la más alegre influencia de una comida sustanciosa y algunas copas de medianamente buen vino. Dormimos profundamente después de nuestra jornada y, saliendo a la mañana siguiente temprano, regresamos a nuestro hermoso campamento encima de Irún.

## CAPITULO VI

Así pasaron cerca de cuatro semanas, variando el tiempo, pues en esta época es propenso a serlo en todas partes, de húmedo a seco y de tempestuoso a tranquilo. Las tropas trabajaban asiduamente en los reductos hasta que no menos de treinta y siete fueron terminados, dominando y flanqueando todos los puntos más asequibles entre Fuenterrabía y la ferrería. Por mi parte, continué mi ordinaria rutina, cazando y pescando todo el día siempre que disponía de tiempo, o vagando en medio del gran paisaje, que el poder del lenguaje no puede describir. En una de esas excursiones tropecé con otra cueva semejante en todos aspectos a las que me había visto imposibilitado de explorar. Determinado a no verme desilusionado esta vez, regresé inmediatamente al campamento, donde me proveí de una linterna oscura y de una espada desnuda para dirigirme de prisa al sitio. Al acercarme, se apoderó de mí la idea de que podía muy posiblemente ser albergue para lobos y casi se apagó mi curiosidad; pero la curiosidad dominó a la cautela, y entré. Mi aventura era completamente sin peligro, como la de la mayoría de los aventureros de esta clase. La cueva demostró ser, como lo supuse, una mina abandonada, extendiéndose a varios cientos de pies bajo tierra y terminando en un montón de escombros, como si el techo hubiera cedido impidiendo todo avance. Encontré allí solamente un viejo puchero de hierro de tres pies, que llevé conmigo como trofeo de mi osadía.

Era el 5 de Octubre y, a pesar de reiterados rumores de un movimiento, el ejército permanecía aún quieto. El mariscal Soult, no obstante, parecía esperar nuestro avance, porque hizo que un número de prospectos se desparramaran en nuestro campamento por gente de mercado, la mayoría de la cual estaba a sueldo suyo, avisándonos de que la Gascuña se había levantado en masa y que si osáramos violar el suelo sagrado, todo hombre que se aventurara fuera del campamento sería asesinado. Estos prospectos se hallaban impresos en francés y español y se introducían en cantidades crecientes próximamente al tiempo que nos llegaba la noti-

cia de la desastrosa campaña de Bonaparte en Rusia. Es claro que no hicimos ningún caso de ellos, ni produjeron el más remoto efecto en determinar los planes de nuestro caudillo, que probablemente sabría tan bien como el general francés el estado real de los asuntos.

No olvidaré fácilmente el 5, 6 o el 7 de Octubre. El primero de esos días lo empleé entre bosques y regresé a mi tienda al atardecer con un morral de caza bien provisto, pero no pude dormir, aunque estaba rendido de mi ejercicio. Después de agitarme en mi manta hasta cerca de media noche, me levanté y, poniéndome el traje, sali. La luna brillaba sin nubes y majestuosamente, alumbrando una escena tal como nunca había contemplado, y que probablemente no contemplaré más. Había admirado la situación de nuestro campamento durante el día, que pude bien hacerlo, pero cuando lo vislumbre a la luz de la luna—las tiendas húmedas de rocío y reluciendo a los rayos de plata que caían sobre ellas, con un robledal de árboles pequeños que en parte las sombreaban y los espléndidos barrancos distinguibles en último plano—pensé, y aun pienso, que la vista humana jamás contempló escena más exquisitamente hermosa. Había la suficiente brisa para producir una ligera ondulación de las ramas que, unida al incesante susurro de una pequeña cascada a no gran distancia y la voz casual de un centinela, que daba el «¿quién vive?» cuando alguien se aproximaba a su puesto, producía un efecto demasiado poderoso para que yo lo refleje, aun ahora para mí mismo, después del transcurso del tiempo. Anduve unas dos horas en un estado de alta excitación y deleite, que podría moderarse pero no desvanecerse ante la idea de que miles que dormían en seguridad bajo esos rayos de luna, podrían dormir mucho más profundamente bajo otros.

Volví a mi cama de helechos a eso de las dos de la mañana y me dormí, o mejor dicho dormité hasta el alba, cuando, después de haber esperado el tiempo de costumbre bajo las armas con los soldados, salí de nuevo con el fusil y mi perro hacia las montañas. Pero estaba preocupado por la velada de la última noche, y un amigo, en cierto modo de mi manera de pensar, me alcanzó y nos sentamos a calentarnos al sol sobre una elevada peña que dominaba al campamento. Permanecimos allí hasta que las compactas nubes anunciaron próxima tormenta, y al apresurarnos a regresar se nos comunicó la tan esperada noticia de que íbamos a atacar al día siguiente.

No soy un comilón de fuego, ni jamás soñé en serlo, pero contieso que la novedad produjo en mí sensaciones agradables. Habíamos quedado estacionarios durante tanto tiempo en nuestra presente posición, que los objetos alrededor se nos habían hecho

familiares, y la variedad es el todo en la vida de un soldado. Además, había la idea de invadir Francia, idea que pocos años antes hubiera sido reconocida como visionaria; esto añadía mucho a la agradable excitación creada por la esperanza de un avance. No es que no pensara en lo que pudiera ser de mi suerte; por el contrario, no había aun entrado nunca en acción sin pensar de antemano en lo peor. Pero llega uno a familiarizarse tanto con la muerte después de haber vivido algunos meses entre escenas como las que presencié últimamente, que la idea de la muerte pierde la mayor parte de sus terrores y se la considera únicamente como un blanco en la lotería en que se puede haber adquirido un billete. Puede acontecer, y en tal caso no se puede evitar, pero puede uno escaparse de ella, y entonces se presentan nuevas escenas al observador y nuevas aventuras que arriesgar.

Como el ataque iba a realizarse temprano, se ordenó a las tropas que se acostaran tan pronto como obscureciera, a fin de que pudieran hallarse frescas y en buena disposición para la labor del día siguiente; entre tanto, las nubes continuaron aglomerándose sobre toda la superficie del firmamento, y el intenso bochorno de la atmósfera indicaba la proximidad de una tormenta. Descendió el sol, amenazador y siniestro, pero la tempestad no estalló sobre nosotros hasta que quedó establecido el primer relevo nocturno, esto es, a eso de las ocho o nueve de la noche. Entonces llegó de veras y con el grado de sublimidad que acompaña a tormenta semejante en medio de tal escenario. Los relámpagos eran más vivos que cuantos he presenciado, y el estrépito de los truenos, repetido por las peñas y montañas cercanas, resonaba más como continuado desquiciamiento de los elementos que como descargas intermitentes de una nube eléctrica. Felizmente, apenas cayó agua, por lo menos durante algún tiempo, lo que me permitió sentarme a la puerta de mi tienda y observar la tempestad, sin que me haya sentido frecuentemente más encantado que ante su proceso.

Inmediatamente frente a donde me hallaba sentado, había un valle bellamente bosqueado, al fondo del cual fluía un riachuelo que provenía de la cascada ya aludida. Se extendía para mí completamente descubierto a cada relámpago, así como todo el lado de la montaña debajo, cerca de cuya cumbre, en una cabaña solitaria, se hallaba apostado un cuerpo de soldados españoles. Era sumamente curioso captar la vista de esa choza con figuras guerreras moviéndose a lo largo de ella y las armas apiladas al lado, las agrestes alturas de alrededor con el arroyo rodando por su lecho peñascoso y las espesas arboledas y las tiendas blancas, y desaparecer todo en un momento de la vista. Me senté y festejé mi vista hasta que la lluvia empezó a descender, cuando la tormenta

decaendo gradualmente me extendí en el suelo sin desnudarme y, envuelto en el capote, me dormí.

Era, por lo que recuerdo, hacia las cuatro de la mañana siguiente cuando fuí despertado en mi descanso por el melódico sargento de la compañía. En el entretiem po había pasado completamente la tormenta y las estrellas brillaban en un firmamento limpio de nubes. La luna había, no obstante, desaparecido, y la roja llamarada de los fuegos que languidecían y que por falta de combustible agonizaban rápidamente, era la única luz que nos ayudaba a encontrar nuestros puestos. El efecto de esta luz melancólica cayendo sobre los soldados que se reunían en solemne silencio, era con todo sumamente bello. No podían ser distinguidos ni el uniforme ni las caras de los hombres, viéndose tan sólo grupos que se reunían con armas en sus manos, y se necesitaba poca imaginación en medio de esta selvática escena para tomarlos por bandidos en vez de tropas regulares. Me puse en pie al primer llamamiento y, habiéndome ceñido el sable y guardado carne fría, galleta y ron en una mochila, colocándolo con mi capote a través la grupa de mi caballo, engullí una o dos tazas de café y me hallé dispuesto y deseoso para emprender cualquier clase de servicio.

En poco más de un cuarto de hora el cuerpo estaba bajo las armas y cada hombre en su puesto. Habíansenos unido ya otros dos batallones, formando una brigada de unos mil quinientos hombres, y se dió la voz de marcha una hora antes del día, justamente cuando las primeras tiras de la aurora iban apareciendo al Este. En esta ocasión no se tocaron nuestras tiendas, dejándolas en pie con el equipaje y mulas bajo la protección de una guardia con la intención de engañar al enemigo, que se expondría ante tal vista a creer que nada se proseguía. Y la medida era muy cuerda, porque el estado de la marea no prometía permitir que vadeáramos el río hasta las siete y media, hora en que haría mucho tiempo que habría ya brotado la plena luz del día. El objeto de nuestro temprano movimiento era, por lo tanto, ganar sin ser notados una especie de depresión junto a las orillas del Bidasoa, por la cual podríamos surgir en cuanto la corriente pudiera cruzarse.

Avanzando en profundo silencio, alcanzamos nuestro lugar de emboscada sin crear la menor alarma. Allí nos tendimos sobre el suelo con el doble propósito de efectuar un despliegue con mayor eficacia y de reposar lo más posible. Mientras tanto oíamos con ansiosa curiosidad pisadas a distancia, que señalaban la llegada de otras divisiones, y el ruido sordo de la artillería rodando sobre la carretera. Este último aumentaba a cada momento, hasta que, al fin, tres cañones pesados de dieciocho alcanzaron la hondonada y empezaron a subir el piso inclinado del terreno exactamente en

frente nuestro. Fueron colocados en batería, como para dominar el vado a través del cual se tendía un puente de piedra, ahora en ruinas, y por lo cual conocimos desde la posición que ocupábamos que nos hallábamos destinados a actuar. No sé por qué atolondramiento, ocurrió que todos estos preparativos no excitaron sospechas al enemigo, cuyos centinelas se hallaban apenas a distancia de medio tiro de mosquete, pero el suceso demostró que no esperaba esta mañana nada parecido a un ataque.

Antes de que proceda a describir las circunstancias de la batalla, debo intentar transmitir al pensamiento de mis lectores no militares algo como una clara noción de la naturaleza de la posición ocupada por la derecha del ejército francés. He dicho ya que su flanco extremo se apoyaba en el mar. Sus brigadas más centrales ocupaban una cadena de alturas, que si es cierto que no merecían el nombre de montañas, eran lo bastante pendientes para detener el progreso de una fuerza, y llenas de desigualdades naturales bien adaptadas para cubrir a los defensores del fuego de los asaltantes. A lo largo de las faldas de esas alturas está construída la aldea de Hendaya, e inmediatamente en frente de ellas corre la barra o boca del Bidasoa, vadeable tan sólo en dos puntos: uno en frente de Fuenterrabía y el otro en dirección de la ruta principal. Junto a la orilla francesa del río hay una arboleda o banda de sauces con varios viñedos y otros cercados admirablemente dispuestos para guerrillas, en tanto que el vado junto al puente en ruinas (15 bis), único por el cual podía pasar la artillería, estaba completamente dominado por una casa fortificada o cabeza de puente, repleta de infantería. La ruta principal, también del lado francés del río, contornea entre salientes precipicios, aunque no tan abruptos como los del paso de Irún, pero lo bastante audaces para poner en ellos tropas que pudieran ocuparlos con relativa seguridad y para hacer que un centenar de hombres resueltos resultara más que una partida nivelada para un millar que le atacara. A pesar de ello, estos eran los puntos más asequibles en toda la posición, siendo todos debajo del camino poco menos que barrancos perpendiculares erizados de pinos y fresnos (16).

Tal era la naturaleza del terreno que debíamos tomar. Al surgir el día pude ver claramente que la vieja ciudad de Fuenterrabía estaba llena de soldados británicos. La quinta división, que había sostenido el choque del último sitio y que desde la conclusión de su labor había sido permitida descansar algo hacia la retaguardia, fué adelantada en la tarde precedente y llegó a Fuenterrabía un poco antes de media noche, donde merodeó por las calles durante

---

(15 bis) El puente de Behobia. (N. del T.).

(16) La cuesta llamada de Tella-tueta o Behobia. (N. del T.)

varias horas. También inmediatamente detrás de nosotros, en las calles de Irún, reposaban unos ocho mil de los Guardias y de la Legión Alemana, mientras una brigada de caballería mostraba en aquel momento sus primeras filas por una revuelta de la ruta principal y un par de cañones de a nueve permanecía arrimada a ella. Era en suma una vista hermosa y animada, distinguiéndose de un golpe no menos de quince o veinte mil de las tropas británicas y portuguesas.

Más lejos, a nuestra derecha, en las cimas de San Marcial, se apostaron las divisiones españolas, sin que pudiera yo impedirme el trazo de algo como una envidiosa comparación entre ellas y sus gallardos aliados. Medio vestidos y mal alimentados, aunque suficientemente armados, su aspecto no prometía ciertamente más que sus actos, en su mayor parte corroborados. No es que los aldeanos españoles sean deficientes en valor personal (y sus soldados eran, generalmente hablando, nada más que aldeanos con fusiles en sus manos), sino que sus cuerpos estaban tan mal servidos de oficialidad y su comisariado tan mal provisto, que lo más sorprendente era cómo podían venir a luchar. Aún en este período de la guerra, cuando podía decirse que su país se había libertado completamente del invasor, la subsistencia del ejército español estribaba principalmente en mazorcas de maíz que los mismos hombres recogían en los campos y cocinaban asándolas en sus fogatas.

Se imaginará fácilmente que vigilábamos con intensa ansiedad el gradual bajar del río, volviendo nuestros anteojos de vez en cuando hacia las líneas francesas, a lo largo de las cuales todo permanecía en quietud inexplicable. Por fin se pudo distinguir un movimiento entre las tropas que, ocupaban a Fuenterrabía. Sus guerrillas empezaron a surgir del abrigo de las casas y a acercarse al río, cuando instantáneamente las tres piezas de a dieciocho abrieron fuego desde las alturas encima de nosotros. Esta era la señal para un avance general. Nuestra columna, del mismo modo, lanzó sus guerrilleros que, apresurándose hacia el vado, fueron saludados con nutrido fuego de fusil por los piquetes enemigos y por la guarnición de la cabeza de puente. Pero esta última fué rápidamente abandonada mientras nuestra gente se apresuraba a través de la corriente y nuestra artillería conservaba sobre ella una descarga incesante de bala y metralla.

Los piquetes franceses fueron empujados y nuestras tropas se establecieron en la orilla opuesta con casi ninguna pérdida por nuestra parte, aunque los que cruzaron por Fuenterrabía se vieron obligados a llevar sobre sus cabezas fusiles y cartucheras para conservarlos secos; el agua junto al puente alcanzaba sobre las rodillas. Sin embargo, la alarma había sido comunicada a las co-

lumnas enemigas de retaguardia, las cuales formaron rápidamente sobre las alturas y trataron, aunque en vano, de posesionarse de Hendaya. Esa aldea fué tomada en brillante forma por una brigada de la quinta división, mientras la primera, avanzando con cuidado por el camino, desalojó de su puesto a la guarnición de los montes que lo dominaban, y coronaron las alturas casi sin oposición. Un pánico general parecía haberse apoderado del enemigo. En vez de cargarnos cuando avanzábamos en columna, quemaron sus piezas y huyeron sin detenerse a volverlas a cargar, y no se intentó nada parecido a una resistencia determinada, hasta que sus obras cayeron en nuestras manos, así como gran parte de su artillería. Fué una de las más perfectas y hasta extraordinarias sorpresas que contemplé.

No faltaron, a pesar de ello, entre los oficiales franceses, muchos bravos que se detuvieron a reunir a sus camaradas aterrados para restablecer la batalla. Entre estos noté uno en particular. Iba a caballo y, cabalgando entre un batallón en fuga, empleaba todos los medios, tanto de amenaza como de persuasión, para detenerlo; y lo consiguió. El batallón se detuvo, siendo su ejemplo seguido por otros, y en cinco minutos una línea bien formada ocupó lo que parecía el último plano de una hilera de montes verdes al otro lado de un valle que íbamos descendiendo.

Este movimiento repentino por parte del enemigo se encontró con una formación correspondiente por parte nuestra; giramos sobre la línea y avanzamos. No se habló una sola palabra, ni se disparó un tiro hasta que nuestras tropas alcanzaron poco más o menos la mitad de la distancia a través del declive, cuando los franceses, alzando uno de sus gritos incongruentes—especie de griterío en que cada hombre vocea sin fijarse en el tono o en el tiempo en que lo hacen los que se hallan junto a él—lanzaron una descarga. Iba bien dirigida y produjo considerable efecto, pero no detuvo ni un momento nuestra aproximación. Nuestros hombres la contestaron con una sincera aclamación británica y, devolviéndoles la descarga, se lanzaron a la carga.

Entonces se vieron respondidos con gran ánimo por el enemigo. Noté el mismo individuo que detuvo al principio su fuga, cabalgar a lo largo del frente de sus hombres y animarlos en su deber. Y no sin bastante dificultad, después de haber cambiado de una parte y otra varias descargas de fusilería, conseguimos colocarnos a distancia de carga. Entonces se lanzó otra aclamación, y los franceses, sin esperar la arrancada, rompieron una vez más sus filas y huyeron. Su jefe seguía tan activo como antes. Jineteaba entre sus hombres, les increpaba, les exhortaba, y hasta golpeó con su espada a los que se hallaban cerca de él, y parecía como si

fuera a reunirles una vez más, cuando cayó. Al instante, sin embargo, se levantó y montó otro caballo, pero apenas lo había hecho cuando una bala le hirió en el cuello y cayó muerto. La caída de ese hombre decidió la jornada sobre las alturas de Hendaya. Las tropas francesas perdieron todo orden y disciplina y, dirigiéndose a retaguardia, cada cual por sí mismo y como mejor pudo, nos dejaron en posesión indiscutible del campo.

Entre tanto, en la derecha de nuestro ejército y extrema izquierda del enemigo, tenía lugar una lucha mucho más enconada. Ahí, Soult había aumentado la fuerza natural de la posición construyendo baterías y reductos sobre todo punto dominante, y de aquí que la división ligera no consiguiera tomarla sin sufrir pérdidas muy importantes. Todas las tentativas para tomar la ermita (17) fracasaron, aunque se renovaron con la más atrevida resolución hasta hora avanzada de la noche. Pero no pude ver nada de las operaciones del ejército en esos parajes, y por lo tanto no intentaré describirlas.

El día se hallaba muy avanzado cuando nuestras tropas, fatigadas tanto por la persecución como por la pelea, recibieron orden de detenerse y permanecer en brigadas y divisiones a lo largo de las alturas que el enemigo había abandonado. Todo se convirtió en perfectamente tranquilo entre nosotros en poco tiempo, pero el bramido de la fusilería y el tronar del cañón resonaban todavía a nuestra derecha. A medida que la obscuridad se afianzaba, las llamaradas se hacían a cada momento más visibles y producían efecto notablemente bello a causa de la gran desigualdad del terreno. Como aún se hicieran repetidos asaltos sobre la Peña de la Ermita, todo el lado de ese monte cónico parecía en fuego, mientras cada valle y eminencia en torno centelleaban de vez en cuando como montes y valles de un clima tropical en que las luciérnagas merodearan a millones. No se precisaban otras luces, ni más poderosas. Nuestras tropas, en la precipitación de la batalla habían prendido fuego a las chozas de los soldados franceses, que ahora se incendiaban lanzando un fuerte reflejo sobre toda la extensión del campo. En total era una magnífica escena y tentaba grandemente a conservar el grado de excitación que se había apoderado de nuestras imaginaciones durante el día.

Nuestra pérdida; quiero decir la pérdida del cuerpo al que me hallaba agregado, resultó ser insignificante. No había caído ningún compañero particular o relación íntima, por lo menos de las mías, y, por consiguiente, no se presentaba nada que destruyera el sentimiento de puro contento que el individuo más ínfimo de un

---

(17) La ermita del monte Larún (N. del T.).

ejército experimenta cuando ese ejército ha triunfado, ni recuerdo muchos momentos más, felices en mi vida que cuando me estiré aquella noche junto a un fuego cerca de mi amigo Grey para conversar sobre los acontecimientos de aquel día. Como llegara poco después el cuartel maestro o aposentador con provisiones y ron, añadió no poco a mi satisfacción, pues el repuesto con que me había aprovisionado por la mañana se había dispuesto hacia mucho por los que fueron menos previsores; y mi cena fué seguida de un sueño tal que pudieran envidiarlo los reyes, a pesar de que los cielos eran mi dosel y el verde césped mi cama.

## CAPÍTULO VII

Al día siguiente, próximamente una hora después de salir el sol, llegaron las tiendas y el equipaje que se habían dejado en el lado español del río, y pudimos una vez más guarecernos contra la inclemencia del tiempo. Y fué conveniente que su llegada no se hubiera diferido porque tuvimos tiempo justo para plantar las primeras cuando se desencadenó una fuerte tempestad de viento y lluvia, durando con pequeñas intermitencias dos días enteros y haciendo nuestra situación desagradable. La posición que ocupábamos era muy expuesta; nuestro campamento se extendía a lo largo de un espinazo de monte desabrigado, completamente desprovisto de bosque, y la verdad era que el único combustible a nuestro alcance consistía en maleza cuya parte verde y espinosa cortábamos para dar como forraje a nuestros caballos, en tanto que los tallos y menores ramas proveían de material muy mediano para nuestros fuegos.

La columna izquierda del ejército no hacía mucho que se había establecido en Francia cuando una muchedumbre de cantineros y otros seguidores de campamento empezaron a derramarse por él. Estas personas, tomando posesión de las chozas enemigas que escaparon a la violencia de nuestros soldados, abrieron sus establecimientos en debida forma a lo largo de la carretera y pronto dieron al punto que ocuparon apariencia de aldea establecida durante época de feria, cuando las barracas y las caravanas de animales rústicos pueblan su pequeña calle. Este villorrio se convirtió pronto en recurso favorito de los ociosos y de los que aun conser-

vaban unos pocos duros en sus bolsas; y muchas fueron las botellas de nominal cerveza obscura que noche tras 'noche se consumieron a la salud del «Alegre soldado».

Difícilmente recuerdo período de mi vida activa más profuso en sucesos interesantes que el que medió entre el cruce de la orilla española y el avance del ejército hacia Bayona. Continuábamos en las alturas de Hendaya desde el 8 de Octubre hasta el 9 de Noviembre, la mayor parte de cuyo tiempo fué desacostumbradamente crudo; cayendo incesantemente fríos aguaceros y prevaleciendo tremendos soplos de viento. Y, en verdad, empezábamos a temer que no se haría nada más en esa estación y que o bien nos retiraríamos a las villas de Irún y Fuenterrabía o que pasaríamos el invierno bajo las tiendas. Nadie se imaginaba que nos tuvieran aquí sin motivo; al contrario, sabíamos que nada sino la prolongada caída de Pamplona impedía nuestro avance, y alegres fueron las noticias que al fin nos llegaron de que esa importante ciudad se había rendido.

Naturalmente, no me confiné en mi tienda o en los límites del campamento. Durante este tiempo cazé y pesqué como de costumbre, hice excursiones a la retaguardia y al frente, según las dirigía el humor, y adopté todo expediente ordinario para matar el tiempo. No faltaban siempre aventuras durante estas ocasiones, aunque eran en su mayor parte de aquéllas que excitan poco interés si se repiten, pero recuerdo una que merece relatarse, quizás más que las demás, y que voy a detallar.

Mientras el ejército británico ocupó su posición a lo largo de la orilla española del Bidasoa, tuvo lugar gran número de deserciones, tan importante como para disminuir su fuerza. Como esto constituía un acontecimiento que había ocurrido raramente antes, se arriesgaron muchas opiniones acerca de su motivo. Por mi parte, lo atribuí enteramente a influencia de terror supersticioso en las imaginaciones de los hombres, y por esta razón: Es generalmente costumbre al fijar centinelas en presencia inmediata del enemigo, estacionarlos por parejas, de modo que uno pueda rondar hasta el próximo puesto en tanto que el otro permanece quieto en su terreno; además, tal vez el deseo de dar mayor confianza a los mismos hombres, pueda tener algún peso al dictar esta medida, pero de todos modos no puede haber duda en el hecho. Era tal la naturaleza del terreno cubierto por nuestros piquetes en los Pirineos, que en muchos sitios había escasamente sitio para un par de centinelas que ocuparan un simple puesto, y tan sólo en las bocas de los varios puertos o pasos, para asegurar el reposo del ejército, eran preferibles dos que uno. Accidentado como era el país, sin embargo, casi cada pie de él había sido esce-

na de acción, y los muertos, cayendo entre peñas y barrancos, habían quedado en varios casos por necesidad sin ser sepultados; con todo, era precisamente en esos sitios en que los muertos yacían insepultos donde se fijaban centinelas individuales. Todo el mundo sabe que soldados y marinos son a menudo supersticiosos, y no puede ser agradable para los más fuertes de imaginación entre ellos permanecer dos o tres horas de noche tormentosa junto a un esqueleto mutilado y medio devorado. Y en verdad me he visto yo mismo más de una vez objetado por muchachos tan bravos como cualquiera que pudiera desearse en el cuerpo, acerca de hacer guardia junto a uno de sus camaradas caídos. «No me importa por hombres vivos», decía el soldado, «pero por amor de Dios, señor, no me tenga junto a *él*». Y siempre que pude acceder a esta objeción, lo hice invariablemente. Mi opinión, por lo tanto, era que muchos de nuestros centinelas se veían tan dominados por la superstición que no podían conservar su puesto. Sabían, no obstante, que si regresaban al piquete les esperaba un severo castigo, y de aquí que se fueran hacia el enemigo antes de sufrir la desgracia de una imaginación enferma.

Como prueba de que mis nociones eran correctas, se notó que en cuanto el ejército descendía de las montañas y tomaba una posición que requería una cadena de centinelas dobles que se renovara, decrecía en alto grado la desertión. Es verdad que ocurrieron aún algunos casos, como sucederá siempre donde hombres de todos los temperamentos son llevados juntos, como en un ejército, pero no constituían proporción de tenerse en cuenta con respecto a los casos que se produjeron en los Pirineos. Para detener esto enteramente, se dictó una orden prohibiendo a todo hombre pasar las avanzadas, y se declaró que cualquiera que fuera cogido en lo que se denomina terreno neutral—esto es, en terreno entre los puestos avanzados del enemigo y los nuestros—sería en consecuencia tratado como desertor (18).

.....

Dejé establecido ya que el 3 de Noviembre nos llegó la noticia de la caída de Pamplona. Desde ese día empezamos a calcular seriamente acerca de una rápida renovación de hostilidades y a meditar sobre nuestro probable progreso antes de que se ordenara un nuevo alto o de que las tropas se acuartelaran para el invierno. Pero había caído tanta lluvia durante la quincena anterior que los atajos se habían convertido en impracticables y, lo que era peor, no aparecía promesa de cambio de tiempo.

---

(18) Se detalla el fusilamiento de unos desertores (N. del T.).

Tuve el honor de estar personalmente relacionado con el distinguido oficial cuya inesperada muerte en 1923 causó tan gran sensación de pesar en toda Escocia: me refiero al Conde de Hope-toun, en este tiempo Sir John Hope. Sir John se había reunido últimamente al ejército, relevando a Sir Thomas Graham en el mando de la columna izquierda y cumpliendo el oficio de segundo en mando bajo Lord Wellington. Mientras nuestra división ocupaba las alturas de Hendaya, pasé varias agradables tardes en su compañía, los pormenores de una de las cuales me tomaré la libertad de relatar, pues tenían, por lo menos en aquel tiempo, un grado de interés más que ordinario.

El 7 de Noviembre comí con el general. Nos sentamos a la mesa a eso de las seis y empezábamos a sentir tanta satisfacción como un buen banquete y una agradable compañía puede producir, cuando un dragón de órdenes cabalgó por el patio de la casa. Fué admitido en seguida y, siendo introducido en el cuarto en que nos hallábamos sentados, alargó un paquete sellado a nuestro huésped. Sir Jhon lo abrió, recorrió con la vista su contenido, lo puso en su bolsillo y, haciendo una seña al emisario de que se retirara, renovó la conversación que había interrumpido: Aunque más que medio suspicaces de que el paquete contenía noticias de importancia, nosotros—quiero decir los convidados y subalternos del general—pronto volvimos a nuestra viva conversación, cuando se oyó el repiqueteo de las herraduras de otro caballo, y entró el general Delancy. Iba acompañado por un oficial del cuerpo de los guías y, pidiendo permiso para mantener unos pocos minutos de conversación privada con Sir Jhon Hope, los tres se retiraron juntos.

«Tendremos algo que hacer antes de veinticuatro horas—dijo uno de los ayudas de campo—; Delancy siempre trae consigo comunicaciones guerreras». «Tanto mejor», fué la contestación general. «Bebamos a la salud de nuestro huésped y del éxito de las operaciones de mañana». El brindis había terminado cuando Sir Jhon volvió trayendo consigo al oficial del cuerpo de los guías, habiéndose ya retirado Delancy, pero nada se reveló del contenido de la comunicación, y pasó la tarde como si no se hubiera recibido semejante comunicado. A eso de las nueve se deshizo nuestra reunión, y estábamos deseando a nuestros amigos buenas noches, cuando fué conducido un oficial francés que había desertado de su campamento. Fué recibido muy cortésmente, pero muy fríamente. Tenía poca información que comunicar, excepto que una leva de conscriptos se había unido últimamente al ejército, la mayoría de los cuales eran viejos o muchachos; tan completamente se prodigaba en aquel tiempo la juventud de Francia a través de una continuidad de guerras. Nosotros, que éramos convidados, no nos

quedamos para escucharle, sino que montando nuestros caballos regresamos cada cual a su tienda.

Al alcanzar el campamento de mi cuerpo, supe, como esperaba, que se había proclamado la orden para un ataque y que la brigada debía hallarse sobre las armas a las cuatro de la mañana siguiente. Una vez más, por lo tanto, pensé en lo peor y, habiendo instruído a mi amigo de cómo deseaba que mi pequeña propiedad fuera dispuesta, asignando mi espada a uno, mi pelliza a otro y mi fiel perro a otro, me hallé lo bastante entusiasmado para encomendar mi alma a la piedad del Creador, y entonces me acosté. Convini-mos, como siempre hacíamos en semejantes ocasiones, en actuar como ejecutores el uno del otro y, después de habernos estrechado las manos cordialmente, por miedo de que no volviera a presentarse oportunidad de volverlo a hacer, nos quedamos pronto dormidos.

Había dormido tal vez hora y media cuando fuí despertado por la voz del sargento de ordenanza, que vino a informarnos de que se había dado contraorden acerca del movimiento del ejército. So diré si la noticia fué recibida como aceptable, o al revés; la verdad es que me pregunto si sabíamos en aquel momento si nos hallá-bamos aliviados por la dilación o al contrario. Hay, sin embargo, una cosa cierta, y es que no dormimos menos profundamente al saberlo, pues al menos se nos aseguraba pasar el día siguiente en estado de vigor y vitalidad, aunque perfectameate conscientes de que el peligro de una batalla tenía que ser afrontado antes de mucho, y de aquí que era cuestión de muy poco tiempo el saber si tendría lugar ahora o dentro de pocos días.

Al pasar revista la siguiente mañana sobre el terreno de parada, supimos que nuestras intentadas operaciones se hallaban im-pedidas tan sólo por el muy mal estado de los caminos. Aunque la lluvia había cesado hacía algunos días, era tal la cantidad que había caído, que ninguna artillería podía todavía moverse en cual-quier otra dirección que a lo largo de la carretera. La continuación de tiempo seco durante cuarenta y ocho horas podría, según cálcu-los, cambiar este obstáculo para nuestro avance y, por lo tanto, cada hombre sintió que podía contar con un par de días. Por for-tuna, esos días continuaron claros y serenos, y lo justo de nuestros cálculos quedó evidenciado a su debido tiempo.

## CAPÍTULO VIII

Pasaron el 8 y el 9 de Noviembre sin que ocurriera ningún acontecimiento digno de relato. El primero de esos días tuvimos la satisfacción de ver un bergantín cañonero destruido por nuestros cruceros ligeros, pequeña goleta de la rada de San Juan de Luz. Habíase hallado fondeada allí durante algún tiempo, según parece, y se aventuró aquel día a hacerse a la mar sin temor a caer en nuestras manos, pero, habiendo sido observada por un cañonero, fué perseguida inmediatamente y volada después de una acción que duró cerca de una hora. No tuve oportunidad de descubrir si su tripulación la había abandonado previamente a la explosión.

Entre tanto, prevalecía entre nosotros y por todas las diferentes divisiones contiguas, un silencio como el de la calma antes de una tempestad. Parecía que cada hombre sabía que un ataque fuera inminente, pero se aventuraron pocas conjeturas acerca del preciso momento en que debía producirse. Toda duda se disipó al fin en la tarde del día 9. Estábamos reunidos en formación, o mejor dicho, la revista había terminado, la banda continuaba tocando y los oficiales esperaban en grupos junto a la tienda del coronel, cuando un ayuda de campo llegó a caballo y nos informó de que el ejército debía avanzar al día siguiente. El cuerpo a que yo pertenecía fué señalado para tomar por asalto la aldea de Urruña— lugar que contenía tal vez un centenar de casas y una iglesia—, y teníamos que apostarnos con tal motivo en la carretera junto a los centinelas de avanzada una hora antes de romper el día. No sabíamos nada respecto a la disposición de los demás cuerpos y nos hallábamos muy satisfechos con la participación que nos fué asignada.

Tan pronto como el ayuda de campo se marchó, empezamos, como lo hace generalmente quien se halla en estas circunstancias, a discutir el acierto de las órdenes de nuestro general. En la ocasión presente estábamos más convencidos que de costumbre de la sagacidad y del profundo conocimiento del noble lord. Nuestro

cuerpo había sido seleccionado con preferencia a muchos otros para un servicio peligroso y por lo tanto honorable; esto demostraba que sabía por lo menos en quién podía confiar, y nosotros, naturalmente, estábamos resueltos a probar que su confianza no había sido mal puesta. ¡Ay, la vanidad de los hombres en todas las profesiones, en que cada cual se mira como infinitamente superior a los que le rodean!

Habiendo pasado de este modo una hora o dos, se dirigió cada uno a su tienda con objeto de hacer las necesarias preparaciones para el día siguiente. Nuestro equipaje fué empaquetado, nuestros caballos y mulas, que para mayor abrigo se cobijaron durante los últimos días en ciertas casas de la retaguardia, fueron conducidas, y se pusieron en una mochila suficientes provisiones para el consumo de un día. Con esto y nuestras capas enviamos un muchacho portugués, criado de Grey, a que siguiera al batallón sobre un pequeño caballo que conservábamos principalmente para estos casos; y, finalmente, nos acostamos después de renovar nuestras voluntades el uno al otro acerca de la conducta del sobreviviente en caso de que cualquiera de nosotros cayera.

Cuando me levanté estaba completamente obscuro. Nuestros fuegos se habían apagado, no había luna en los cielos y las estrellas estaban casi oscurecidas por las nubes, pero tomamos nuestros puestos instintivamente y en profundo silencio. Siempre me ha chocado en estas ocasiones la gran sangre fría de las mujeres. Rara vez se les escapa una expresión de alarma y, en verdad, se convierten, probablemente por costumbre y por el ejemplo de los demás, en tan indiferentes al peligro como sus maridos. Temo, también, que la clase de vida que llevan después que han seguido un ejército en campaña durante algún tiempo, las modifique sexualmente (si me es permitido inventar tal expresión en beneficio suyo); por lo menos, sólo recuerdo una ocasión en que se demostraron algunos síntomas de verdadera pesadumbre, aun por aquellas a quienes la fatalidad de una batalla había convertido en viudas. Como no se permitía que acompañaran a un batallón más de sesenta mujeres, es natural que se hallaran seguras de obtener tantos maridos como pudieran escoger, y por eso pocas viudas de soldados continúan en estado de viudez durante un tiempo que no sea razonable; constituyen ciertamente una clase de sociedad femenina altamente favorecida.

Formada la columna y dispuestos tiendas y bagaje de modo que en caso de rechazo pudieran ser transportados a la retaguardia sin confusión ni tardanza, se dió la voz de marcha. Como nuestro camino se extendía sobre terreno muy desnivelado, nos movimos por un momento despacio y con precaución, hasta que

habiendo alcanzado la carretera, pudimos apresurar nuestro paso durante una milla aproximadamente, cuando divisamos el fuego de vivac de un destacamento alemán, y se pasó en voz baja de fila en fila la orden de detenernos. Descansamos las armas y nos sentamos en los bordes verdes del lado del camino. Ahí debíamos quedarnos hasta que un cañón diera la señal de ataque a nuestra izquierda y se percibieran distintamente los objetos.

Los hombres se ven afectados de muy distinta manera en ocasiones diferentes, aun cuando las situaciones en que puedan verse mezclados atestigüen gran afinidad entre unos y otros. En la presente ocasión, por ejemplo, recuerdo perfectamente que apenas un sentimiento serio ocupaba mi imaginación, ni las de los que me rodeaban, si puedo juzgar por las apariencias. Al contrario, se cuchicheaba mucha conversación entre nosotros, pero era toda de carácter tan ligero como si el asunto en que íbamos a empeñarnos fuera mera diversión, y no esa clase de juego en que los hombres arriesgan sus vidas. Prevalecían la ansiedad y el desasosiego. Miramos al Este y vigilábamos con vehemente interés la aproximación de la aurora, pero con ese grado de interés que los deportistas sienten en la mañana del 12 de Agosto, o quizás como el de un niño en un palco de Covent Garden, cuando espera a cada momento ver alzada la cortina del escenario. Estábamos excesivamente ansiosos por empezar la refriega, pero nos sentíamos completamente confiados acerca del éxito.

En el entretiem po se dictaron las disposiciones que las circunstancias del caso parecían requerir. Tres compañías, consistentes en unos ciento cincuenta hombres, fueron destacadas bajo el mando de un oficial de campo un poco hacia la derecha e izquierda del camino con el propósito de sorprender, si se podía, a dos destacamentos enemigos que se hallaban apostados allí. Las otras siete, formando en columna en cuanto rompió el día, extendían su frente de modo a cubrir el camino estando preparadas para lanzarse instantáneamente sobre la aldea en lo que se llama doble tiempo de prisa. Sabíamos que se hallaba fuertemente atrincherada y llena de infantería francesa, pero calculábamos que, efectuando rápidamente nuestro primer ataque, llegaríamos a las trincheras antes de que el enemigo se percatara completamente del movimiento.

Permanecimos tal vez una media hora después de efectuarse estas disposiciones y antes de que se diera la señal, cuando el alba fué aclarando gradualmente toda la superficie del firmamento. Ahora pudimos observar que nos habíamos desviado en cierto grado de la ruta principal y que ocupábamos con nuestra pequeña columna un caminito bordeado a ambos lados por cercas, y en se-

guida empezamos a notar que la senda se volvía a unir con la carretera a unas cien yardas frente a nosotros; entonces comenzaron a mostrarse, a través de la obscuridad, la iglesia y las casas del pueblo, como peñas o baluartes; aquí y allá se podían distinguir campos de rastros inmediatos en torno de prados verdes; entonces se hicieron visibles las hileras de cercados que separan un campo del otro. Y entonces se disparó la señal del cañón. Fué contestada inmediatamente por un par de a nueve, que se hallaban estacionados en un campo junto al camino en que nos encontrábamos; y la batalla empezó.

Las tres compañías destacadas hicieron lo posible por sorprender a los destacamentos franceses, pero sin éxito, pues las tropas francesas vigilaban demasiado para ser sorprendidas con facilidad. Sin embargo, las atacaron brillantemente, mientras la pequeña columna, conforme al plan preconcebido, avanzaba apresuradamente. En el intervalo, las casas y atrincheramientos de Urruña estaban amontonados de defensores que al aproximarnos nos saludaron con una aguda descarga de fusilería, no obstante más inofensiva de lo que pudiera esperarse. Unos cuantos hombres y un oficial cayeron, el último con el corazón traspasado. Pronunció tan sólo un nombre—el de su camarada favorito—y expiró. Por nuestra parte, no teníamos tiempo para disparar, pero nos lanzamos a la carga, mientras los cañones de a nueve, ya citados, barrían el atrincheramiento. En dos minutos alcanzamos su base, y un instante después nos hallábamos en lo alto de ella, cuando el enemigo, afectado de pánico ante la celeridad de nuestros movimientos, abandonó sus defensas y huyó. Le seguimos a través de la calle del lugar hasta su extremidad, pero habiendo sido prevenidos de antemano de que no procediéramos más lejos, hicimos alto y ellos se escaparon a los campos.

La posición atacada se hallaba en frente de San Juan de Luz, de la cual ha dicho el mismo Lord Wellington que nunca vió nada más formidable. Se extendía a unas tres millas a lo largo del lomo de un elevado terreno, cuya ascensión estaba en su mayor parte cubierta de espeso bosque y entrecortada por profundas zanjas. Además de estas defensas naturales estaba fortificado con el mayor cuidado, habiendo el Mariscal Soult empezado a construir en él reductos y parapetos mucho antes de que nuestro ejército cruzara el Bidasoa, y habiendo dedicado todo el mes que estuvo sobre Hendaya a su realización y ampliación. Hacia nuestra izquierda, esto es, hacia la derecha del enemigo y en dirección a la aldea que acabábamos de tomar, las obras en cuestión presentaban apariencia tan imponente que nuestro gallardo jefe juzgó imprudente intentar ahí ninguna seria acción; y por eso, cuando estuvimos en

posesión de Urruña, no fuimos guiados a intentar nada más, sino a conservarla por todos los medios y a hacer de tiempo en tiempo una demostración de avance. Esto se llevó a cabo de modo a hacer desistir a Soult de que destacara ningún cuerpo para ayudar a su izquierda, porque era el objeto de Lord Wellington envolverla, lo que consiguió después de doce horas de dura pelea.

Tan pronto como hubimos aclarado el lugar de defensores, nos asentamos en él atrincherándonos para el caso de que se hiciera cualquier tentativa por volver a tomar la aldea. Con este propósito deshicimos la barricada erigida por los franceses, que consistía en cubas llenas de tierra, estiércol y escombros, y llevándolo todo al lado opuesto del pueblo trazamos pronto un parapeto para nuestra propia defensa. El enemigo, mientras tanto, empezó a reunir densa masa de infantería sobre el borde del monte de enfrente y, volviendo hacia nosotros una batería de tres piezas de cañón, barrió la calle con disparos redondos. Estos, zumbando a lo largo, causaron el desmoronamiento de muros y techos de las casas, pero ni ellos ni las bombas que de vez en cuando estallaban entre nosotros produjeron considerable efecto. Evitando lugares peligrosos nos arreglamos para guardarnos bien fuera del alcance, y por eso el principal daño producido por el cañoneo fué el que recayó en los propietarios de las casas.

Encontramos en la aldea buena provisión de pan moreno y varias barricas de aguardiente. Las últimas fueron al instante golpeadas en la cabeza, y el líquido se derramó por la calle, como medio mejor de evitar que nuestros hombres se embriagaran, pero el pan se repartió entre nosotros; y hasta el pan negro de los franceses era un regalo para nosotros, que no habíamos probado otra cosa sino galleta, y ésta no de la más fresca, durante los tres últimos meses. Sin embargo, no se nos permitió regalarnos durante mucho tiempo.

Eran ahora poco más o menos las once, y el enemigo no nos había atacado hasta entonces. Podíamos percibir, a juzgar por el relucir de las bayonetas a través del bosque de enfrente, que se reunían allí tropas, y como la campiña se adaptaba bien para guerrillear, hallándose bastante entrecortada por zanjas, cercos y vericuetos zanjosos, se consideró prudente enviar tres o cuatro compañías a vigilar sus movimientos. Entre estas compañías mandadas con este fin, se hallaba aquella a la que yo pertenecía. Tomamos dirección hacia la izquierda de la aldea y, habiendo sido notados por la artillería enemiga, fuimos inmediatamente saludados con una lluvia de balas y bombas. En este mismo momento llegó un carro de artillería o vagón de municiones, cayendo sobre él una bomba de un mortero francés. Explotó, y dos

desgraciados conductores artilleros, que iban sentados sobre él, fueron arrojados al aire. Les miré un instante después que cayeron. Uno estaba muerto y horriblemente mutilado; el otro estaba tan negro como el carbón, pero vivía, y gemía mucho. Levantó la cabeza a nuestro paso, y nos deseó éxito. No sé lo que fué de él después, pero parecía tener poca probabilidad de recobrase. Habiendo alcanzado una ruta zanjosa, algo más adelante del pueblo, nos encontramos en conexión con una línea de guerrillas trazada por el coronel Halket de su cuerpo de alemanes ligeros, y en cierto modo guarecida del cañoneo. Pero no duró mucho nuestro descanso. El enemigo, habiendo reunido gran fuerza de tiradores, avanzó entre grandes gritos y con toda muestra de decisión. Su objeto parecía ser el caer sobre nosotros en el camino zanjoso donde, a causa de la altura y espesor del terraplén, nos halláramos a merced suya. Por lo tanto, pasó la orden de avanzar y nos encaramamos sobre las dificultades lanzándonos al encuentro.

Seria difícil concebir espectáculo militar más animado que el que encontró la vista aquel día recorriendo hacia la derecha y la izquierda para trazar la línea británica. Para beneficio de mis más pacíficos lectores, puedo también mencionar que las tropas enviadas para guerrillar, avanzan o se retiran en filas, conservando cada fila o par de hombres unas diez yardas de distancia de las filas a ambos lados de ellos. En la presente ocasión, nuestra línea de guerrilleros se extendía aproximadamente a una milla en ambas direcciones, conservando todos una especie de orden irregular, tirando todos, independientemente uno de otro, según pudiera invitar la oportunidad de un buen blanco. Todo era aparentemente confusión en el lado de los franceses, pero los tiradores franceses no están de ningún modo en desorden aunque parezcan estarlo. Son admirables guerrilleros y ese día dieron a nuestra gente bastante trabajo antes de que se replegaran otra vez a las alturas. No consiguieron, sin embargo, como presumo fuera su designio, conducirnos tan lejos del pueblo que nos expusiéramos al fuego de sus baterías escondidas, pues después de seguirles tan sólo a través de algunos campos, regresamos a nuestra ruta zanjosa.

Era evidente, a juzgar por los numerosos cuerpos sólidos de tropas que defendieron el terreno a lo largo del frente enemigo, que el plan de Lord Wellington había obtenido éxito y que ninguna fuerza del ejército de Soult había sido enviada en ayuda de su izquierda. El continuo roncar de fusilería y cañón, que continuaba en aquella dirección, probaba al mismo tiempo que una pelea se desenvolvía allí más seriamente que cualquiera a que nos halláramos expuestos. No era un ruido continuo, sino intermi-

tente, como el que producíamos de tiempo en tiempo nosotros y nuestros adversarios, pero una descarga incesante, como si los hombres pudieran hacer fuego sin cargar. Al fin, Soult pareció haber descubierto que tenía poco que temer sobre su derecha. A eso de las tres, pudimos observar una gran columna de tal vez diez o doce mil hombres encaminarse hacia la izquierda y, al mismo tiempo, como para cubrir el movimiento, los guerrilleros enemigos avanzaron Buevamente. Los encontramos, como antes, y otra vez los rechazamos, pero en vez de retirarnos al zanjoso camino, nos echamos tras un cerco a mitad de distancia entre la aldea y la base de su posición. Hicieron algunas tentativas para desalojarnos de ahí, pero sin efecto, y allí permanecemos hasta que la aproximación de la oscuridad puso fin a la batalla.

El sol se había puesto hacia una hora cuando las tropas avanzadas fueron llamadas por todas partes, y mis compañeros y yo regresamos a la aldea. Advertimos que el enemigo mantenía todavía sobre ella un cañoneo intermitente, por lo cual las casas, que eran muy poco espesas, no ofrecían suficiente amparo a las tropas. Se acordó, por lo tanto, que este cuerpo se alojara aquella noche en la iglesia, a cuya puerta, con gran satisfacción nuestra, mi amigo y yo vimos que nuestro criado portugués nos estaba esperando. El caballito de carga fué pronto descargado y las provisiones y el grog (19) fueron servidos a los hombres, sucediéndose general alegría y contento al grave asunto del día.

El espectáculo que presentó—aquella noche—el interior de la iglesia de Urruña fué tal que el piadoso fundador de la construcción jamás lo calculó. A lo largo de las dos alas se apilaron las armas del batallón, ocupando los hombres la nave central. Se puso en el púlpito el gran bombo y otros instrumentos de música, mientras un grupo de oficiales tomó posesión de una galería erigida al extremo más bajo del edificio. Por nuestra parte, Grey y yo alegamos derecho al espacio en torno del altar, que en una iglesia inglesa está generalmente cercado con balaustradas, pero que en las iglesias extranjeras se distingue del resto del santuario tan sólo por su elevación. Allí desplegamos nuestra fría carne salada, pan moreno, queso y vino, y bebimos y comimos en ese estado de excitación que aguarda a todo hombre que ha cruzado en salvo los peligros de un día como aquél.

Y no disminuía el espectáculo de naturaleza silvestre en torno nuestro la luz reluciente, y vacilante que treinta o cuarenta pequeños cirios resinosos esparcían. Dos o tres de éstos se erguían junto a nosotros sobre el altar, en tanto que los demás se hallaban des-

---

(19) Mezcla de aguardiente y agua. (N. del T.).

parramados de uno en uno o por parejas en distintos sitios, dejando cada intervalo en una especie de sombra que ofrecía licencia más amplia a la imaginación que a los sentidos. El cuchicheo de la conversación, además de la risa y broma frecuentes, y de vez en cuando el canto, a medida que el grog empezó a circular, todo se combinaba para producir una escena demasiado chocante para ser pronto olvidada.

A medida que el tiempo pasaba, todos esos sonidos se debilitaron gradualmente. Los soldados, cansados por el trabajo de la jornada, cayeron dormidos uno tras otro, y yo, habiéndoles observado por un momento, me extendí como los demás sobre el pavimento de la iglesia, arrollado el capote al cuerpo y preparándome a seguir su ejemplo. Me eché al pie del altar y, aunque el mármol no era más blando de lo que el mármol es generalmente, me dormí tan profundamente sobre él como si hubiera sido una cama de plumas.

---